



Róger E. Antón Fabián

EL PARAÍSO RECUPERADO

(Historia libresca de un ladrón)



**alfaqueque
ediciones**

2009

Colección 'E'
(Equipaje Ligero)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

“El paraíso recuperado
(*Historia libresca de un ladrón*)”

© Róger E. Antón Fabián, 2009

© Alfaqueque Ediciones, 2009

Cieza, Murcia, España.

<http://www.alfaqueque.com>

<http://alfaquequeediciones.blogspot.com>

Diseño de la cubierta: Francisco Rodríguez Hortelano

Primera edición: Mayo de 2009

ISBN: 978 84 936274 61

Depósito legal: B-22136-09

Printed in Spain – Impreso en España

Impreso en Romanyà Valls, S.A.

La Torre de Claramunt (Barcelona)

EL PARAÍSO RECUPERADO
(Historia libresca de un ladrón)

“Aquel que roba a su propietario un libro, o lo pide prestado y no se lo devuelve, permite que el libro se le convierta en serpiente en la mano y que se le desgarre. Permite que lo ataque la parálisis, y que se marchiten todos sus miembros. Permite que languidezca de dolor suplicando piedad a gritos, y que no cese su agonía hasta que se apaguen sus murmullos. Permite a la polilla roerle las entrañas en memoria de los gusanos que no comieron. Y cuando reciba por fin su condena final, permite que se consuma en las llamas del Infierno por toda la eternidad”.

Entrada de la Biblioteca del Monasterio de San Pedro (Barcelona)

“Léeme, para aprender a amarme; alma curiosa que sufres y andas en busca de tu paraíso. ¡Compadéceme! si no, ¡yo te maldigo!”

Charles Baudelaire

“Los libros son nocivos para la educación de los jóvenes”

Rousseau

Diré que mi nombre es Lázaro Cortés y que robar es toda una profesión. Soy un ladrón. Confidencia ésta que no me causa el más mínimo remordimiento pues he tenido cuidado que cada acto de mi vida esté afianzado por consistentes razones. Sé que esto último es un absurdo, la vida es circunstancial y uno no puede calcular el porvenir; pero en fin: el robar no me deshonra. Se dirá que soy necio, desvergonzado. La verdad, no me importa. Estoy convencido que no es un delito cuando prima la necesidad y me enorgullezco de ello. Al igual que otros, poseo ciertas pasiones que embargan mis días; la mayor ha sido, no sé con qué pretexto o por qué razón, la de conseguir libros.

Y me pregunto desde cuándo realmente comencé a reunirlos. Tengo de todos los colores, tamaños, ediciones e idiomas; pero aún así siempre hay un lugar reservado en el estante, la cama o, en última instancia, el piso para el ejemplar soñado. He robado muchísimos, y al igual que la biblioteca de Anatole France, quien recomendaba nunca prestarlos, pues la suya propia estaba constituida en su gran mayoría de libros robados, la mía se ha ido implementando gracias a una suerte de imantación de volúmenes no devueltos. Mis víctimas han sido casi siempre mis amistades o quienes me han brindado cierta confianza. Los extraía cuando, a base de un minucioso, metódico y esmerado plan, llegaba a visitar sus bibliotecas personales. No existe escritor, intelectual, aficionado o aspirante relacionado conmigo que no haya sido víctima de mis manos bibliófilas.

Recuerdo cómo me expropiaba, allá en el viejo puerto de Chimbote de los ejemplares de la biblioteca de la universidad gracias a que gané la confianza de unos descuidados bibliotecarios, ladrones frustrados que se maravillan con acariciar, forrar, fichar y ordenarlos como si fueran suyos, sin lograr divisar la enorme y abismal distancia que los separa de tales.

Los sustraía metiéndolos dentro de una prenda preparada pacientemente para ello: una casaca de invierno con una enorme abertura interna. Extraordinaria talega, en realidad; pues dentro cabían de sobra, por ejemplo, hasta los tres gruesos volúmenes de *El Capital* de Marx del Fondo de Cultura Económica, una antología en edición de lujo de la obra completa de Borges y algún otro librito que nunca estaba de más.

No sé por qué demonios estudiaba ingeniería en esa mediocre universidad de provincia. Odiaba la carrera y ese centro de estudios; sin embargo los encargados de su biblioteca, que lo sabían, me dejaban ingresar al depósito (únicamente a mí) y pasear a mis anchas por él, pues ¿qué podían sospechar de mis buenos modales, álgidas costumbres y constantes reclamos por la elaboración de un inventario? ¡¿Robar?! ¡¿Yo?! ¡Jamás! ¡Ay, literatura!, la verdad es que poco a poco la biblioteca se iba esfumando de sus mejores títulos ante el asombro de sus dependientes; así como su hemeroteca —pues tenía que extender mis dominios y avanzar en mis conquistas— donde era más fácil trabajar (robar es eso, pero de manera recta), dado que el encargado, debido a la poca afluencia de usuarios, se dedicaba a dormitar sobre un gran texto de unas quinientas páginas. Se trataba de la *Enciclopedia del crimen y los criminales* de Sir Harold Scott, en edición española, que desde el día que la vi resultó un verdadero reto para mí. De pronto de haber sido un inofensivo ratoncito de biblioteca me convertí en un

avezado delincuente de bibliotecas. Así conocí la literatura, revelación terrible, ésta que me llevó a cometer los más temibles y peores atracos en la ciudad con el fin de obtener joyas que jamás hubiera imaginado hurtar.

Hasta que llegaron los detectores electrónicos —creo sinceramente que a ello contribuí— y ya no pude más (después aprendería a neutralizar los dispositivos de seguridad con una agujita, cortándolos, humedeciéndolos, pegándoles una cinta adhesiva o un papel metálico). Vi con profunda aflicción cómo ladronzuelos, más osados y menos cuidadosos, caían bajo el dedo acusador de ese horrendo monstruo que aullaba estruendoso, alertando a los vigilantes y usuarios; y, descubrí que no estaba solo. Pero no me di por vencido: seguí trabajando seriamente, pensé incentivar en otros mi arte; y planeé mi próximo atraco.

Con un viejo amigo de infancia marchábamos en comisiones por las librerías de la ciudad, entrábamos a una, estudiábamos a los encargados, hojeábamos uno u otro ejemplar, seleccionábamos algunos, y, aun sintiéndonos espiados, colocábamos raudos uno o dos bajo el brazo; luego salíamos tranquilamente como si nada hubiera pasado. Nunca fuimos descubiertos.

Cuando llegué a Lima lo primero que hice fue ir a recorrer las estancias donde los vendían. Creo que me quedé en esta ciudad (dejaba novia y una incipiente labor de periodista) no por la nueva carrera, de Letras, a la cual había ingresado en San Marcos, sino por la abundante literatura que hallé regada en sus calles. Arribé con la ingenua pretensión de convertirme cuanto antes en un escritor reconocido y vivir de mis escritos. Aunque, la verdad, no hice nada por lograrlo. Justificadas digresiones: novedosas lecturas y, por consiguiente, la inquietud por nuevos títulos y autores, así como la noción de falta de experiencia, me encaminaron por

inéditos y bamboleantes rumbos. No intenté siquiera un puesto en un periódico, revista o editorial cualquiera.

Me apoderé de la capital en pocas semanas. Lima era una suerte de muchas ciudades en una sola, inmensa y monstruosa: conocí su burdel más importante, la catedral, las principales calles y plazas, el cementerio más antiguo, y... su mercado de libros.

Así lo primero que visité fue la avenida Grau (en cierto modo era la industria del reciclaje cultural); en aquel entonces albergaba a una inmensa librería ambulante que se extendía por sus largas ocho primeras cuadras y se encontraba literalmente inundada de publicaciones.

Era usual ver gente agolpada entre las estanterías: alumnos, curiosos, viajeros, turistas y, esporádicamente, alguno que otro intelectual de cierto renombre escarbando entre los remates ubicados en vetustas cajas de cartón y estantes roñosos, colonizados por toda clase de obras; carentes de una férrea vigilancia que permitía extraerlas al menor descuido.

Por aquellos días, luego de mil peripecias por toda la ciudad para conseguir un lugar donde establecerme, llegué, gracias a la ayuda de Carlos Estancia, compañero de la universidad, a refugiarme en un jardín de niños, antigua casa de sus padres que necesitaba de un guardián: me brindó una cómoda habitación, la cual sería mi nidito de amor con Dora Reyna, mi noviecita que había venido de Chimbote, y luego con María Leal, mi primera novia limeña.

María era una de las tantas compañeritas de la universidad que pasaban inadvertidas, cuando de pronto me tuvo en su regazo sojuzgado a ella. Yo mismo me había sorprendido meditando —en un descanso, en plena calle o en la soledad de mi habitación— cómo abordarla y hacerme de su mundo sin que sospechara de mis deseos. Despuntando la noche, amanecía entre sueños arrullándola a besos en

un prolongado arrobamiento que se dilataba todo el santo día, llevándome a especular cómo sería poseerla, cómo emprendería a acariciarla, tocarla, y ella caería ingenua, encantada, redondita ante los deleites prohibidos de la divinidad escondida. Empezaría con una salidita al cine o a comer un helado; en fin, el asunto era librarse de la rutina, abordarla en algún lugar de la ciudad universitaria, demostrarle que era su hombre, que estaba destinado a ella, besarla. En plena clase me echaba de cuando en cuando una tenue mirada, o de pronto un manifiesto desprecio que interpreté como una fina patente de protección; un coqueteo disimulado.

La imaginaba desnudita, moviendo esas caderas para ser observada, sacudiendo fervientemente las nalgas para mí, bailando, sonriendo luego de hacer el amor. Se parecía a un personaje de la televisión, era la mujer con la que había soñado toda la vida: encantadora, culta y virginal. Pero siempre había algo que me impedía acceder a ella: mi naturaleza cobarde o su exuberancia en ademanes algo inesperados e ingenuos que la hacían intimidatoria y, a mí, un pobre hombre frustrado: ese veto que no deja acampar cuando uno ya lo tiene todo, como lo hubiera hecho —y lo hacía sin duda— con otras jovencitas, las cuales caían ante tan solo una mirada, sonrisa o insinuación. ¿Por qué no sucedía con ella, lo que con otras mujeres? Ésta era diferente; y por ello dulcemente apetecida y apreciada como un bien mayor.

La relación con Dorita agonizaba y debido al arribo de María pronto se iría literalmente al cuerno. Ésta fue todo un desafío para mí, que, dado mi espíritu y temperamento, consideré muchas veces como caso perdido. Prometí una y mil veces que de tal día no pasaría, me impuse fechas, hice juramentos, apuestas con amistades, practicaba frente al espejo, me sometí al yoga y me subordiné a una terapia

de hipnosis, pero nada, ni un gesto. Pensé llevarle flores, llamarla por teléfono, dejarle una notita escondida en su bolso o debajo de su puerta, escribirle un e-mail, enviarle tarjetas o chocolates, hacerle regalitos inesperados, obsequiarle alguna novela ya que me enteré que leía a los clásicos franceses, atreverme a robarle un beso en el pasadizo; pero siempre mi cobardía me llevaba al mutismo y a ver cómo otros se le acercaban (amigos incluso) y elaboraban pérfidamente un cordón umbilical, una dependencia que yo envidiaba, haciéndome echar maldiciones, maquinando cómo podía hacerles quedar mal, malinformarlos o despistarlos.

Pero una tarde de noviembre, luego de mi habitual vagabundeo por Grau y ver, sin posibilidad de robar, la primera versión al castellano de las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand en cuatro tomos, una valentía sobrecogedora, un torrente inexplicable, me llevó a invitarla ni más ni menos que al Boulevard de Libreros; mientras ella, distraída, leía a Milan Kundera en una banca del Patio de Letras. “¿Serías tan amable de acompañarme a visitar una librería?”, le dije con una inusual intrepidez, sin que me temblara la voz; aunque por un instante, que pareció una eternidad, sentí un escalofrío.

Minutos después caminábamos María y yo por el centro de Lima (tuvo que realizar un par de llamadas telefónicas, desistir a una cena con sus familiares o tal vez despedir a un pretendiente), pero mi emoción por obtener esos cuatro tomos era más fuerte que su repentina adhesión. Al llegar a Grau, los libros literalmente habían desaparecido como por arte de magia.

Caía la tarde; desanimado, recorrí con ella laberintos de pequeños negocios que empezaban a cerrar. Mirándome fijamente a los ojos y cogiéndome de las manos, me alentó; caminamos dos cuadras, compró unos dulces; y, contra todo pronóstico, nos dimos el primer beso. Pasamos una hermosa

velada, aunque estuve contrito, triste todo el tiempo por no lograr mi cometido: ¡Esos libros, esos libros, solo esos libros!, que para suerte mía conseguiría después.

Quizá un rasgo antiguo de esta costumbre sean mis escapatorias de la escuela hacia un bosque cercano, allá en el viejo puerto chimbotano. Huía con un grupo de mozuelos como yo y me escabullía de ellos tomando la calle principal con el resuelto propósito de robar algo en las estanterías ambulantes de alquiler de revistas: *Kalimán*, *El Llanero Solitario*, *Tom y Jerry*, *El Capitán América* y *El Pato Donald* eran mis preferidas. Uno de los tenderos, un jovencuelo de mi edad, mostraba todas para echarles un vistazo, y, al menor descuido, ya estaban en mi mochila. No sé si el muchacho lo notaba o era realmente tonto. Pasado un tiempo lo consideré como un amigo de verdad pues me prestaba las que solicitara, y permitía que me marchara silbando, a través del descampado que daba al aeropuerto, con las revistas escogidas. Ahí, al amparo de aquella llanura silenciosa (muy de cuando en cuando arribaba alguna avioneta destartada), me tendía bajo un macizo de matas, entre árboles y hojarasca, a leer y disfrutar dulcemente de mi pillería, hasta llegada la hora de la salida; luego marchaba a casa.

Engañé en la escuela del padecimiento de una enfermedad letal y la necesidad de guardar reposo por meses. Me ausenté metódicamente, pero me descubrieron pronto y mi madre me dio una zurra inolvidable. Aunque en cierta forma mi madre fue la culpable de mi vicio, dado que al criarme ella sola puso mucho esmero en mi educación. Gracias a ella, a los cuatro años ya sabía leer. Uno de los placeres de infancia que aún vivo intensamente es recordar a mamá cantando o leyendo versos en voz alta, sobre todo si el tema era sentimental o triste. Le pedía sin cesar que repitiera *El Pulgarcito* de Charles Perrault y *Los motivos del lobo* de Darío; pero ella

supo sacar provecho de mi temprana afición pues amenazaba con no repetirlos más si no terminaba mis alimentos o hacía las tareas. La escuela traería otros placeres intensos.

Quienes conseguíamos trasponer las paredes del plantel, teníamos la disyuntiva de ir a ver a La Momo, una joven estudiante de la secundaria a quien encontrábamos en la calle y desvestíamos con los ojos. Por unos cuantos soles en un santiamén estaba dispuesta a desnudarse, mostrarnos sus carnes y dar unos fieros bailes acrobáticos en una casa abandonada por los alrededores del colegio. Pero a mí siempre me deslumbraron más los libros o esas primeras revistas de bellas mujeres desnudas que me prestaba mi amigo el tendero.

Fiel a mis orígenes, en la universidad, en lugar de escuchar las tediosas clases de filosofía, salíamos con Carlitos Estancia y hojeábamos los volúmenes que habíamos conseguido al robo. Profundo lector, ateo recalcitrante, ameno e imaginativo contertulio, Carlitos sabía a exactitud cuándo, dónde y qué robar; era un excelente ladrón. Por una serie de desesperadas recomendaciones de último minuto se convirtió en una suerte de agregado cultural. Dejó la universidad y emigró a la Vieja Europa, adonde soñábamos llegar algún día. Al cabo de un tiempo recibiría una carta suya donde manifestaba que se había convertido en un ávido e intransigente investigador encargado nada menos que por el gobierno peruano para recuperar piezas de cerámica; pero que en realidad era una suerte de ladrón ministerial. Recordó nuestra vieja época, aquella en la que pactamos dar un golpe en la Biblioteca Nacional, y me contó de su desidia ante la mismísima *Declaración de la Independencia de los Estados Unidos*, asegurando que no se trataba de un documento facsimilar, que allá en Europa no era rareza encontrarse con joyas de toda laya en los museos o bibliotecas, que le importó un rábano la herencia democrática y desistió de robárselo;

pero, en cambio, sí extrajo un conservado manuscrito para navegantes del siglo XV, pues sin duda sería de mi dilecto interés. De hecho, los ladrones somos ladrones selectivos.

Así, no me quedó más remedio que continuar robando yo solo, me embarqué, como lo hacíamos siempre, con el debido atuendo, los lentes infaltables y la imprescindible apariencia filosófica con el rostro meditabundo. Nunca fui descubierto, a no ser por la única vez en que usé la intervención de María, que lo echó todo a perder. Por culpa de su habitual “tino de mujer”, se generó un tremendo escándalo y el librero muy nervioso trató de agredirme. Tuve que pagar el botín. Se trataba de *El Almuerzo desnudo* de Burroughs, recomendado en una conferencia por Vargas Llosa, *El Llano en llamas* de Juan Rulfo y otro que no recuerdo. Aquel día escribí acerca del incidente en la contratapa de una de las obras que luego pasaría a mi diario personal:

“¡Santo Dios! Lo que uno hace por el desprendido amor a la literatura. Hoy traté de robar unos libros, mas el tendero se percató e intentó darme una golpiza”.

Pasado el tiempo, el librero llegó a ser íntimo amigo mío, le hice creer el cuento que fue una inusual e inesperada equivocación, que siempre se debe pagar por lo que se compra; luego le seguí robando.

Los tomos conseguidos en mis correrías, sumados a algunos que traje de Chimbote, hacían una enorme biblioteca. Conseguí muchos otros a muy bajo precio y comencé a coleccionarlos. Gruesos volúmenes habían invadido el cuarto y los pasillos de mi hogar prestado. La casa de Carlos se había convertido literalmente en un panteón, los estantes del propio colegio iban poblándose como un cáncer. Ya no había lugar para más. “Véndelos” me decía insistentemente su madre quien no entendía mi devoción: “¡Hay demasiados libros, demasiados libros; llévatelos!”. Teniendo en cuenta

además que había alojado a *Aristóteles*, un sumiso chihuahua, desde cuando cierta madrugada lluviosa al cruzar raudo por un parque una sensación de insoportable tristeza invadió mi espíritu, pues de pronto salió de entre las matas y comenzó a seguirme gimiendo su desamparo —mi novia lo apodaría “bodoque”, con un tanto de odio pues detestaba que apenas llegara corriera a lamerle las piernas, rascara la puerta o aullara cuando hacíamos el amor—; de seguro la madre de Carlitos Estancia no veía la hora que reuniera todos mis cachivaches y me largara de una buena y definitiva vez para siempre.

Leer se tornaba imposible para mí en una ciudad opresiva como Lima; sin embargo en plena avenida Grau, mientras hojeaba insistentemente un ensayo de Sartre, una reflexión daría un vuelco a mi vida, pues un librero con voz de caverna dirigiéndose a mí dijo: “¡Sartre: síntoma de alguien que va sin horizonte por el mundo!”. Así conocí a Marcos Mercado (a quien habré robado unos doscientos volúmenes), estaba leyendo *La Dama de las Camelias*, al compás de *La Traviata* de Verdi. Gracias a él me convertí temporalmente en un librero más del boulevard de Grau. Fue el primer trabajo que tuve, un verdadero sueño para un bibliómano privilegiado como yo, no solo porque me permitía tomar algunos ejemplares, sino que establecido en la propia Lima, tenía a tan pocos meses de haber llegado toda clase de publicaciones a mi entera disposición.

Mi sueño se había realizado. Lo tenía todo sin un sol en los bolsillos: cobijo en una urbanización casi exclusiva de Lima, comida en la universidad, una mujer comprensiva y de un genio afín al mío (nos veíamos solo unas horas al día); y libros por montones en la avenida Grau. El único inconveniente era que llegaba tardísimo a la habitación donde *Aristóteles* me esperaba hambriento, y tenía que abandonarlo apenas

despuntaba el día; por lo demás todo iba bien, solo necesitaba empezar a escribir.

El boulevard de Grau abasteció satisfactoriamente mis primeras necesidades librescas en la capital; pero una resolución de alcaldía empeñada en cambios para el ornato y embellecimiento de la ciudad, hizo que la vida en la avenida Grau literalmente desapareciera. Y con ella, mi nuevo oficio también se esfumó.

Aunque no faltaron las veces que tuve que comprarlos, sustraerlos debe ser una suerte de constante nerviosa, compulsiva, que se apodera de uno y de la cual es difícilísimo rehuir. No creo sufrir de sonambulismo; sin embargo, poseo tratados que no sé cuándo ni dónde o en qué circunstancias los conseguí. Me ha sido fácil desprenderme del sexo, el ajedrez y de mujeres bellísimas, pero de mis libros jamás. A diferencia de aquellos, en éstos encontré que bien podrían transmitir el secreto, la clave, el ingrediente para la realización.

Detesté a los ladrones desde la niñez dado que provocaban en mí un rechazo visceral, es más, les tenía cierto temor cuando veía que se batían a cuchilladas o robaban sin el menor escrúpulo a plena luz; pero el tiempo no da razón ni ve por sus hijos, y aquí me tienen (Demostrado está que aquel que comete una trasgresión siempre tiene suficientes razones para no considerarse el resultado de su obra. Lo mío era al inicio tan solo una pillería infantil, un pasatiempo trivial, un juego).

Del primer libro que robé no guardo recuerdo. Ya he dicho que ahora el hurtar libros no me avergüenza lo más mínimo. Mi madre, que siempre me inculcó buenos modales, jamás imaginaría tener a su primogénito por un refinado ladrón; pero, a decir verdad, ¿QUIÉN EN LA VIDA NO HA SIDO TENTADO DE ROBAR ALGUNA VEZ?, ¿QUIÉN NO HA LEÍDO ACERCA DE LA VIDA DE ARSENIO LUPÍN Y NO

SE HA VISTO RETRATADO EN ELLA? Cuando de una exigencia imprescindible se trata, no es posible soslayarla porque a cada instante nos estamos extinguiendo, y quien vive sin siquiera una sola pasión en su vida realmente no merece vivir.

Quienes han experimentado alguna vez la cercanía de la muerte, son capaces de comprender el momento: observar un libro e intentar extraerlo, es como si el diablo se apoderara de uno, una liberación orgiástica. Una estimulación tan fortísima que produce una delectación exquisita, un orgasmo. Un impulso, un vicio insuperable, cercano a la locura, delicioso como él mismo, a manera de un adulterio tal vez, un vasallaje feliz. Una perversión miserable por la cual se vive y se sufre. Un masoquismo sádico.

Liberado, vehemente, comenzaba a leer; y luego de un tiempo abandonaba la lectura. Escogidos por el autor, el título, la diagramación, los dibujos, temí al borde del desvarío haberme convertido en un burdo coleccionista, interesado tan solo en el aspecto físico, la portada, los grabados, la publicidad o la carátula; que cual iletrado librero del boulevard de Grau solo los conocía por nombre, referencias o comentarios, pero, ufano, no había leído nada. ¿Qué satisfacción obtenía, qué beneficios me otorgaba este yugo? ¿Placer, poderío, amor, fantasía, o, en última instancia, euforia y exaltación? Aquellos que alguna vez hayan investigado la condición humana, la intuyan o comprendan, no precisarán que explique la naturaleza o intensidad de mi alegría; y podrán entenderme.

Un fuerte malentendido con Marcos Mercado hizo que nos despidiéramos casi a golpes y de inmediato me convirtiera en un librero por cuenta propia mientras los del viejo boulevard se instalaban por decisión de la Municipalidad de Lima en el renovado jirón Amazonas. De inmediato volví a

mi abandonada vida de gitano, ya que esta independencia ganada me permitía esos lujos casi del todo usufructuados de la burguesía peruana.

Compraba dignos ejemplares y los vendía en la universidad. Pensé mendigarlos (“para los pobres alumnos de San Marcos”) con el fin de obtener más de ellos, pues la clase acomodada se deshacía de éstos con los ropavejeros. Vagaba días enteros con las manos en los bolsillos por toda la ciudad. Entonces decidí cambiar de vida, recordé mi viejo propósito de ser escritor, y, en ello pensé esforzarme seriamente.

Cuando por azar, en unas tiendas acurrucadas de lectores de novelas, trabé conocimiento con un tal Ernesto Hurtado, *el gran Sheriff*, un chimbotano cincuentón de una antigua y distinguida familia venida a menos. Había llegado a Lima hacía cientos de años huyendo de la humillación y con el certero afán de convertirse cuanto antes en escritor: en mangas de camisa y cigarrillo en la comisura de los labios, analizaba una partida de ajedrez. Hicimos íntima amistad, casi al instante. Poseía muchos libros, que apenas los usaba. Se dedicaba a la venta y alquiler de revistas y novelitas. Tenía dos novelas escritas, que luego de publicadas serían “la revelación de la literatura peruana”. Lo acompañaba Gladycita, una chiquilla, tan joven que parecía su nieta, pero era su mujer cuando el viejo lo solicitara en la trastienda; ella se encargaba del negocio cuando él repentinamente se ausentaba y aparecía días, aun semanas, después.

“Lo importante es que ocurran muchas cosas en pocas páginas: ahorcados, perseguidos, juicios, robos, peleas, polvaredas, amores y desamores, mi amigo”, me explicó el viejo. Guardaba todo lo que había escrito desde su llegada, y durante un buen tiempo, por insistencia suya, estuvimos cambiando versos malos, en el juego “gana-pierde” de ese pasado atroz y desolador que atesora todo escritor o aficionado. De pronto me vi convertido en inseparable suyo

y, desde luego, en un ávido lector de novelitas del lejano y mítico oeste.

Desentendido de las tediosas clases de filosofía en la universidad, me empeñé en sesudos análisis de libritos de folletín, en los cuales *cowboys* de bienhechores se enfrentaban a indios perversos y salvajes, o, a mafiosos que ocupaban ranchos o ferrocarriles luego de haber sobrevivido a infinitas persecuciones, incendios a granel y afiebradas brujerías.

Hurtado se convirtió en mi compañero de nuevas aventuras, conducía una vieja motocicleta y montados en ella visitábamos de cuando en cuando los alrededores del cine Susy en Ciudad de Dios, del Túpac Amaru en Comas, del Primavera de Surquillo o el Mercado Pesquero, lugares atiborrados de revistas que él adquiriría por kilos para rematarlas en el centro de Lima. Los domingos marchábamos al mercadillo de Tacora, embutidos en zapatillas viejas y ropa de descarte; allí, entre putas y ladrones conseguíamos joyas a precio de ganga. Y finalizábamos el día apostando en peleas de gallos, borrachísimos, bailando y enamorando a mujeres desconocidas. “Estás viviendo la novela real, la ficción de la vida propia, mi amigo”, me decía al entrar raudos en la moto, perseguidos de perros escuálidos, a cualquier barriada limeña.

En la universidad, casi desalentado, postulaba por enésima vez a una beca de residencia universitaria. Carlitos Estancia continuaba en Europa y la verdad es que no sabía ya nada de él; en el jardín de niños, adonde había ido a parar, me despedían a cada momento y *Aristóteles* con María seguían sin entenderse. Solo me faltaba obtener esa beca para ser el sanmarquino total que tanto anhelaba: usaba el ómnibus destartalado que se contoneaba por toda la ciudad y me llevaba al centro de Lima; aún no vivía en la Residencia Universitaria pero comía en los refectorios. Añoraba aquellos viejos tiempos de librero; pero en fin, estaba experimentando

mi primera y caótica etapa de escritor. Lo que había buscado con tanto anhelo. Tragedia premonitoria ésta de lo que me esperaba después.

Ya había comenzado el cáustico e insoportable verano, las calles y avenidas despedían una humareda turbulenta cuando, una noche, al llegar sudoroso al jardín de niños, una notita abandonada bajo la puerta por la señora de servicio me comunicaba que ya era un residente sanmarquino. De inmediato empaqué mis enseres, en su mayoría papel, acaricié a *Aristóteles*, hice un par de llamadas telefónicas y esperé ansioso al día siguiente para marcharme definitivamente. Llegada la mañana, me despedí de mi entrañable habitación “de niños” haciendo raudamente el amor con María, quien había traído el auto de su padre para el traslado, mientras en las aulas profesoras e infantes iniciaban la primera clase del día.

Llegué a la residencia, dentro de la misma ciudad universitaria, pensando en que lo primero que haría sería buscar gente osada (un hilo de reflexión y cálculo inesperado me hizo planear un asalto: hacerme de dinero en pocas semanas). Allí encontraría a su mayoría seres infortunados, sin un centavo en los bolsillos, que estaban dispuestos a todo, incluso robar aunque sea por pasar el tiempo u otros, más conscientes, por revivir sus atávicas costumbres o jugarle una mala pasada a los “limeñitos de mierda” que se creían más y los trataban tan mal. Un grupo despertábamos muy temprano a tomar desayuno; soñolientos y desgredados, corríamos al comedor: las pitadas del vigilante nos hacían saltar de la cama y las protestas de los más dormilones terminaban despertándonos del todo. Estrenado residente, mal amigo, me aparté del viejo Hurtado; y, aunque luego muchas veces fui a visitarlo, jamás lo volví a encontrar.

Pensé leer mucho en la residencia, pero se presentaban miles de obstáculos. La beca requería obtener buenas

calificaciones y no jalar ningún curso. Tuve que dar un giro inesperado y comenzar disciplinadamente a leer —en un cafetín, haciendo cola en el comedor, el autobús de la universidad o viajando en colectivo—, lo que imponía la Facultad y la juiciosa carrera de Filosofía.

Sin embargo algunos compañeros de la residencia jamás estudiaban. Se dedicaban a vagar, emborracharse o irse de putas por las noches, y llevaban así muchos años. Como ya no tenía a Estancia, al mes decidí revelar mis intenciones de asaltar la Biblioteca Nacional al más osado de ellos: Sixto Rosas, de pelos grasientos, rostro cetrino y el cerebro un tanto trastornado, un aventurero sin remilgos e insólito estudiante de Derecho, un robusto puneño que para llegar a ser becario insólitamente había tenido que hacerse pasar por un exótico shipibo. Coleccionaba todo tipo de flechas, arcos multicolores, tejidos, cuentas y ataderas variopintas; y, además, comenzaba a convertirse en marxista. Era mi compañero de habitación. Tal como lo supuse, al enterarse de mis intenciones se entusiasmó tanto que no le importó poner en juego la beca con tal de llevar a cabo nuestro plan. Aparecía en la habitación con novedades e ideas para enriquecer nuestro objetivo, y ambos decidimos dar el golpe lo más pronto posible.

Quizá otra causa remota sea la conmoción y el estupor que me provocaba el escuchar las pláticas de mis tíos maternos. Vivían con la abuela Juana, sus mujeres e hijos en las afueras de la ciudad y se dedicaban al campo. Eleuterio, mi tío mayor, disfrutaba de su madurez de una manera muy peculiar. “Cuando llegue a grande quiero ser como él”, decía para mis adentros. Mi tío leía y coleccionaba revistas que intercambiaba con alguno de los peones. Lo recuerdo, luego de terminada la faena, a mediodía, sacar flamante su revista, leer u hojear folletines de vaqueros, tirado bajo

la sombra, en una hamaca, o invitándome a un refrescante chapuzón en las riberas de un río cercano mientras me comentaba lo leído. Asunción, que era su hermano menor, guardaba celosamente en una caja de leche Gloria, aparte de documentos, un grueso libro parecido a la Biblia que leía y releía en sus noches crapulosas o calmadas. Hubo un tiempo en que, como todo el mundo lo fastidiaba, construyó una chocita al centro del valle y solo se presentaba a la casa para tomar sus alimentos cuando todos estaban en el campo. Siempre me contaba historias diferentes. Había una suerte de disputa entre ambos y la bíblica tía Marcelina por resarcir el lugar del abuelo muerto, nato contador de historias de duendes, encantados, y epopeyas de cuño propio, con las cuales reunía a toda la familia en torno suyo.

Ningún vicio es hereditario, aunque quizá podría influir como modelo de conducta. Tal vez el suicidio sea la desesperación por una lectura mayor, trascendental, cuya materia sigue encandilando a los hombres: ¿Qué hay más allá de la muerte? ¿De dónde venimos, adónde vamos? Eleuterio, pudiendo haberse metido un tiro de un escopetazo, a escondidas, por entre los cultivos, se mató de la manera más romántica: envenenándose delante de Magdalena, su cuarta mujer, y diciéndole: “salud, por tu felicidad”.

Siempre me he preguntado si esta tragedia no ha influido en mi proceder y en la manera más insospechada de resarcir las historias de mi tío muerto, pues resultaba muy placentero escucharlas, como ahora obtener textos con la esperanza de leerlos y hallar en ellos historias parecidas. Una naturaleza del placer que aún no había comprendido, hasta que me vi embargado en esta realización encantadora y prohibida, fuente de una exquisitez incomparable. Un placer diferente a la satisfacción del instinto, más fino, exquisito, osado y desafiante que, la verdad, diga lo que diga el viejo Platón y

todos los socráticos, no hay nada mejor que la lectura de un buen libro robado.

Evidentemente mis intereses y gustos de lector iban variando con el paso del tiempo. En cuanto a mis robos o saqueos; no podía continuar a la deriva, aventura o caza inesperada, ahora tenía que tornarse un oficio, una faena productiva. Descubrí que la mejor fecha para cometer un atraco de envergadura era en Navidad o Año Nuevo. Esto último mejor todavía, dado que se disolvía la posibilidad que los vigilantes no fueran creyentes; la llegada del Año Nuevo sí que lo celebraba todo el mundo y el primero de enero se sufría la resaca. Ese día sin duda era el indicado.

Antigua lección de la *Enciclopedia del crimen y los criminales*, que hace algún tiempo fuera mi compañera de cabecera y, aunque poco me sirvió para obtener textos, resumía cientos de métodos efectivos para hurtar, atracar, asaltar o estafar: cómo pasar droga; ideas innovadoras para no ser detectado en los aeropuertos; gozar de una ilícita herencia, sin ser descubierto; seducir ricachonas, matarlas sin dejar huellas y cobrar los seguros. Innovaciones criminales que en nada me interesaban. En contraparte, comencé a elaborar un sumario con indicaciones al detalle sobre cómo robar libros.

Empezaríamos con la Biblioteca de la Facultad de Letras. Hicimos con el Otorongo varias visitas previas para estudiar el lugar. Barajamos muchas posibilidades. Ahí estaba la influencia de *La Enciclopedia del Crimen*. ¡Cómo me regodeaba de la idiotez del viejo bibliotecario de la universidad chimbotana! Preparamos una lista de interés y Sixto eligió todo en torno al marxismo. ¡Ladrón inexperto! ¡Ingenuo estudiante de Derecho! Todos esos libracos —por aquel entonces tiempos de contradicciones lógicas— se conseguían rápido y barato en cualquier lugar de remate.

Si había que arriesgar la beca y hasta una expulsión de la universidad era por algo bueno y no por naderías; pero él no entendió. ¿Qué demonios ocurría en su mente? Luego de una larga discusión decidimos llevarlo a cabo en plena celebración de Fiestas Pascuas. Armados de un par de costales, linterna, sogá, una palanqueta y alicates, marchamos rumbo a la Facultad embutidos en nuestras chaquetas sanmarquinas. Garuaba y hacía un frío que calaba los huesos. Fumaba con frenesí nervioso el Otorongo, en realidad se encontraba con muñecos, sin embargo entre cohetones, fuegos de artificio y lejanos brindis de la noche de Navidad estábamos llevando a cabo el desmantelamiento de la Biblioteca de Letras. Nuestra consagración. Nuestro mejor regalo navideño aunque mi cómplice no creía en las Navidades.

Al final el atraco lo iba a cometer yo, él solo sería el campana. Trepé por la parte trasera del edificio, ingresé al techo, corté unos cables y, tranquilamente, destapé una de las maderas, con las cuales había sido cubierto parte de un tragaluz, amarré la sogá a una de las columnas y descendí a la entraña misma de la biblioteca. Casi todo estaba oscuro, pero no necesitaba ver para orientarme entre las sillas y mesas; conocía de memoria ese lugar. Una serenidad silente contraria al murmullo matinal al cual estaba acostumbrada regía en toda la sala; pero de pronto sentí un rugido inesperado, un ronquido salvaje, como venido del más allá. Un hilo de terror se instaló de pronto en mi rostro, en un santiamén mi corazón dio un salto, iba a encender la linterna pero me detuve, eché una ojeada y contra todo pronóstico un vigilante dormitaba afuera recostado en un sillón cerca a los ventanales, en ese preciso instante se incorporó. Si llamaba refuerzos por radio estaríamos realmente en problemas. Se acercó a los cristales y echó un vistazo dentro, vi la luz de su linterna recorrer lentamente las paredes, tragué saliva y permanecí escondido tras una mesa. El hombre dijo: “ratas”,

y al poco tiempo volvió a entrar en ronquidos nuevamente. Yo no tenía que hacer el más mínimo ruido.

Sixto subiría al techo para jalar el saco lleno de libros robados, cuando súbitamente recordé que días antes asistí con María a una magistral clase de semiótica y el viejo catedrático no tardó en lamentar la pobreza de nuestra biblioteca. Por unos segundos dudé en llevar a cabo el atraco, pero una seña del Otorongo en el techo me impulsó a proseguir; le hice saber de la cercanía de un vigilante e hizo un mohín que interpreté como duda.

La decisión estaba en mis manos. ¿Por qué demonios no intentarlo de nuevo una noche, luego de las movilizaciones o tomas de la Facultad, o, sencillamente, renunciar a la idea? Abandoné todos los implementos de la intentona de robo ahí mismo; emprendí la fuga y subí. Desistí sin lamentaciones. En la dispendiosa maniobra olvidé en el suelo mi casaca.

Minutos después discutíamos ardientemente con mi compañero. Eso me pasaba por no tener cojones, me faltaban buenas dosis de materialismo dialéctico, que tenía alma de revisionista, ¿así me creía más listo que él? y no sé cuánta otra queja. Permanecí en silencio todo el camino de regreso a la residencia donde celebraban la cena navideña con pavo y champán. Al día siguiente, me enteré después, no se explicaron qué demonios había sucedido: ¿trabajadores habían intentado robar en la biblioteca?

De inmediato un par de sugerencias hicieron que llegara a laborar en la Biblioteca España en la Casona de San Marcos. Por las tardes o algunas veces por las mañanas, antes o luego de clases, me embarcaba hacia allá. La verdad, mi faena consistía en hacer de cuando en cuando, de acuerdo con mis clases y horarios, unas fichitas donde consignaba el nombre del autor, la edición, editorial y una ligera referencia del tema tratado; bajo el mando de don Matías, un anciano jubilado

y algo achacoso que había sido contratado por relaciones amicales con el rector, y, que inventando cuanta fiesta y celebración se le ocurría, acostumbraba emborracharse con todos los trabajadores que tenía a su cargo en *El Falorito*, un barcito de mala muerte en el jirón Azángaro regentado por una dama buenamoza entrada en años.

Allí íbamos los sábados por la noche luego de la salida. Todo el mundo conocía en esa cantina a don Matías y lo saludaban casi con reverencia; éste flanqueado, por nosotros cual si fuera una autoridad, caminaba sin siquiera mirar a las putitas que le coqueteaban a la entrada y ya, en medio del bar, de un grito, solicitaba cerveza para sus muchachos.

Sería en esos trajines que en el trabajo encargado, conocí a Santiago Bayona, un zambo norteño, estudiante de Derecho que atendía en el mostrador y permanecía siempre mortificado por no haber emprendido, como su madre, la carrera de Veterinaria; y al flaco Ramiro, un ser tan esquelético como desafortado, que limpiaba el local y de inmediato desaparecía con nuestro patrón. Caída la noche, ebrio, el flaco se confundía con las sombras del Parque Universitario, empezaba a cortejar a cuanta transeúnte circulara por ahí y concluía su hazaña arribando a la Casona sumido en agudas reflexiones que a veces rozaban casi lo absurdo: “todas las mujeres son horribles, carajo”, “¡viva nuestro encanto!”. Llegado el sábado don Matías, ya chispado, nos invitaba a Bayonita, al flaco Ramiro y a mí a tomarnos unas cervecitas en *El Falorito*. Era una amenaza si se le rechazaba, irritadísimo, a lisura suelta, golpeaba la mesa, nos llamaba zánganos, mentaba a la madre y cuando llegaba al clímax babeaba de cólera; Santiago se estremecía, yo quería desaparecer; pero quien llevaba la peor parte era Ramiro, siempre embestido a puntapiés por toda la biblioteca. Calmado el vendaval, el flaco le hacía unas muecas al viejo que nos desternillaban de la risa y al final terminábamos todos en celebración.

Aunque hubieron muchas veces en las que salimos al cine María y yo, Bayonita y su novia Magaly (una bibliotecaria de la Nacional) y el flaco Ramiro con alguna de las amiguitas de una de ellas, nunca le ligó una. Semejante rutina me permitió durante todo un año hacer espacios para elaborar trabajitos, escribir cientos de esbozos de cuentos y novelas o dejar pasar el tiempo libremente.

No sé si don Ricardo Palma ha sido un ladrón de libros, pero hay evidencia de su bibliofilia. Por años al mando de la Biblioteca Nacional, se dedicó a reconstruir los destrozos de los soldados chilenos que la tomaron como caballeriza, llevaron lo que quisieron y usaron lo restante como fogata o papel de pulpería para los bodegueros. Palma fue llamado por ello “el bibliotecario mendigo”. Prada lo denunciaría después, ásperamente, por pérdidas sufridas durante su gestión de numerosas miniaturas, manuscritos y demás joyas bibliográficas. Se sabe, además, que aquél siempre se quejó de la pobreza y carencia de las librerías de la capital...

Nada más hermoso que leer a bordo mirando de cuando en cuando el atardecer marino como lo habría hecho el más célebre de los naturalistas europeos quien en su equipaje traía algunos libros y con ellos, sin duda, su afición; o como probablemente lo hiciera alguno de los navegantes o exploradores españoles antes o después de la Conquista. Heredero más cercano de esta singularidad en España, el mítico padre Vicente era un bibliófilo *in extremis* que autoridades como Pío Baroja y William Walsh responsabilizaron, en la Barcelona de 1834, de nueve asesinatos con tal de hacerse de supuestos incunables; así como, el maestro Alfonso Reyes que poseía una enorme cantidad de libros en su famosa casa-biblioteca de la avenida Benjamin Hill apodada la “*Capilla Sixtina*”.

En el otro extremo están los fanáticos de la Santa Inquisición que desaparecieron y quemaron textos de

incalculable valor. Así como Hitler, Mao, Stalin, y, también, el califa Omar —famoso por haber sustraído de la biblioteca de Museion miles de papiros que sirvieron para calentar el agua de los casi cuatro mil baños de la ciudad durante meses—; la insidia del hombre que quemó la Biblioteca de Alejandría o el furor de las tropas de cruzados que le prendieron fuego a la Academia de Trípoli en Siria, anulando de tal modo gran parte del patrimonio cultural de la humanidad.

Del más célebre polígrafo y moralista del siglo XVII, don Francisco Quevedo y Villegas, se cree que fue un gran bibliófilo pues en las famosas Universidades de Alcalá y Valladolid donde se instruyó se dio un verdadero atracón de libros; además conocidos son sus versos:

*“Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los
muertos.(...) ¡Oh!, docta la imprenta”.*

Borges, en *La Biblioteca de Babel*, cuenta que un bibliotecario genio descubrió la ley fundamental de la biblioteca. Éste observó que todos los libros, por diversos que fueran, constaban de elementos iguales: el espacio, el punto, la coma, las veintidós letras del alfabeto. Entonces, ese enorme laberinto de galerías hexagonales con sus inagotables anaqueles por las que muchas veces había viajado noches enteras, registraba todo lo que era factible de expresar: en todos los idiomas. Todo, y esa totalidad podría cifrarse en una superstición: la existencia de un solo libro, primordial para eliminar ‘obras inútiles’; *“a su furor higiénico, escéptico, se debe la insensata pérdida de millones de libros”.*

Muchos fueron los bibliómanos que ofrendaron su vida a la búsqueda de sumarios totales, ¿no es verdad? Entre los escritores ahí están el propio Borges, Kipling, Stevenson, Henry James, Valéry, Milton, Graham Greene, Sábato y

otros; aunque entre aquéllos el más ocurrente y prodigioso es el mítico Itellius (no sé si llamarlo bibliómano, pero fue un fanático estupendo); romano de diáfana barbarie, magnífica riqueza y fundamental biblioteca, mandó entrenar a punta de látigo a trescientos esclavos para que memorizara cada uno una obra literaria. Se cuenta que en un banquete en honor a una dama de la cual estuvo enamorado pidió *La Iliada* y en su lugar llegó *La Eneida* porque la primera estaba con un desesperante y terrible dolor al estómago. En represión, Itellius mató a *La Iliada*.

María, mujercita casi angelical poco a poco se convertía en una experta maestra en todo tipo de artes eróticas y súbitas contorsiones sexuales que tomé con desconcierto. Me hacía ascender a los más ardientes apetitos: lo hacíamos en la propia Facultad, la calle, un parque, mi habitación de la residencia, su casa, el automóvil de su padre o cualquier hotelucho. Situaciones a las cuales al inicio se había negado rotundamente. Alquiló un pequeño departamento cerca de la universidad donde pasamos noches enteras de exaltación sobre las cumbres del placer y de cuyos excesos se enteraban todos los vecinos. A tres años y medio todo iba viento en popa.

Por insistencia suya al año y medio de ingresar, dejé la residencia y me trasladé a vivir en el departamentito, con la condición que aceptara de buena fe a *Aristóteles*; que hasta ese entonces, desde mi traslado del colegio, había vivido a escondidas en la residencia, y, a los dos meses, cuando nos descubrieron, en Chorrillos, en la casa de la mamá de Santiago, que lo acogió como a un hijo (se tomó el trabajo de conseguirle una novia) al que yo visitaba puntualmente cada fin de semana. María aceptó. Ese cómodo e irrisorio trabajito —ahora iba cuando me acordaba, mientras intentaba conseguir un puesto de redactor en algún diario—

me permitía ciertos lujos que antes no podía disfrutar, como invitarla a cenar en un distinguido restaurante y pagar la cuenta.

Toda su familia materna me apreciaba y veían en mí el marido perfecto para ella. Con el tiempo conocería a mi suegro un alto funcionario del Ministerio de Economía y consultor de empresas. Tenía en su estudio una enorme biblioteca de hermosos ejemplares en sus idiomas originales, grandes clásicos griegos y latinos, y un buen número de libros de literatura contemporánea. Nunca intenté robarle yo mismo; pero a ella sí la instruía para extraer el ejemplar anhelado y cuando se rehusaba la sometía en la intimidad; aunque solo fueron cinco o seis veces (ya me he referido a aquella vez cuando sufrimos un chasco precisamente por su participación). En el fondo ella odiaba a su padre, porque éste la abandonó cuando todavía era pequeña. Enamorado de una linda morocha del Callao, se instaló en un departamento alquilado e inició una nueva vida. Había estudiado un tiempo Literatura en la Católica, pero desistió de la carrera pues era “arma minúscula” para defenderse en la vida y emprendió a tiempo la especialidad de Derecho Comercial. Aunque la verdad es que nunca renunció por completo a la literatura, ni a María, a quien le permitía todos sus caprichos.

Fue en una fría noche de noviembre, cuando ambos habíamos ingerido cerveza, vino, champán y otros licores celebrando un aniversario, que rematamos la noche en una discusión, y, no pudo más, tuvo que confesarlo, delirante ante un excesivo e indudable indicio encontrado. En mis noches de ausencia ese cuartito había acogido a más de un hombre; con cada uno ella pactaba una cita y, una vez confirmada la certeza de que yo estuviera en mi habitación durmiendo, estudiando o, mejor todavía, de viaje en Chimbote, saciaba ferozmente su voracidad. Bajé a zancadas las escaleras, con

náuseas, y, sumamente asqueado, me di con la sorpresa que yo no tenía adonde diablos ir; ella bajó tras de mí casi llorando, mientras entre ambos *Aristóteles* ladraba incansable, y, me estremeció la sensación absurda de que se estaba repitiendo un instante que ya habíamos vivido años antes o viviríamos después. Sin decir una palabra, subió a su auto, encendió el motor y se marchó llevándose al perro.

Experimenté deseos de asesinarla, estuve vomitando toda la madrugada y, finalmente, me prometí dejarla, así me doliera el alma. Entendía en carne viva el por qué de su proceder, pero no podía continuar más con ella. Yo tenía algunas ligeras sospechas por sus saliditas inesperadas, la insólita minuciosidad con la que describía a su retorno todo lo que había hecho durante el día y sus repentinas muestras de cariño excesivo; pero nunca llegué a más. A la mañana siguiente empaqué mis libros (en sí no eran más de cincuenta, pues los había estado llevando a Chimbote en mis continuos viajes; al igual que yo, cada uno de ellos tenía una historia singular), los encargué en donde un amigo cercano y abandoné algunos enseres que ya no me servían. Cuando decidí irme, un segundo de duda me hizo quedar durante horas tendido en la alfombra sin resolver nada; hasta que al cabo de un par de horas le escribí una carta, dejé un mensaje en su teléfono celular y me largué pensando que me apartaba de ella definitivamente.

Me instalé a vivir con unos ex residentes que recién, perdida su beca, habían sido largados de la residencia, y, seguí asistiendo a mis clases de filosofía en la Facultad; luego viviría solo otra vez.

En cambio yo siempre luché por no ceder a las fortísimas tentaciones surgidas a por doquier. Disgustado con ella por cualquier idiotez, salía del cuartito a buscar libros. Vagabundeaba por Quilca, Malambito o cualquier esquina.

Ni siquiera las chicas que se prostituían me llamaban la atención, teniendo en cuenta que acceder a una de ellas no hubiera sido cometer infidelidad. Me aventuraba a caminar sin rumbo y fisgonear libros, lo cual dadas las contrariedades con María, acabó por convertirse en una suerte de necesidad impostergable y apremiante, pues me liberaba del disgusto, y, sobretodo, de caer, —¡¡cinco libros por una puta!!—, evitar cualquier enfermedad venérea, atracos u otros, embarcándome en esa primigenia transmutación sexual; pero cuando no tenía dinero y la desesperación era mucha sencillamente los robaba.

Sabía que ir de putas encarnaría aquella excitante travesura casi infantil, cuando con las vecinitas que se turnaban para jugar “al papá y la mamá” totalmente desnudos, sin vellos púbicos aún nos metíamos a la cama, y, moviéndonos frenéticos, excitadísimos nos devorábamos a besos, lamiéndonos y gimiendo como locos abandonados a ese novísimo e intrigante delirio; pero aun así nunca sucumbí.

Incluso en Chimbote en temporal de soltería, tras repentinas e insinuantes provocaciones, uno descendía la mirada con cierta liza interna, casi reverencial, a esas hermosas doncellas que se agolpaban en la esquina de la avenida Pardo y Alfonso Ruiz cerca a las librerías de viejo al aire libre. Obreros y parroquianos arrepentidos a último minuto compraban algo desesperados, otros al menor descuido metíamos el librito elegido rápidamente bajo la bragueta, pues podía ser confundido con una erección y de inmediato al parpadeo preguntábamos por otro libro cualquiera. Era un acto más enriquecedor que el mísero de acostarse con una desconocida.

Nadie que no haya padecido la tentación que se sirve de la inconsistencia de la vida y haya abdicado a ella puede imaginarse ese delirio aterrador que provoca la renuncia. Nadie que no lo haya vivido en carne propia puede concebir siquiera lo que es ese latir insufrible de un compromiso

consigo mismo, tan enigmático y que, sin embargo, siempre concede la paz, el triunfo.

María, como ya lo he dicho, fina, retocadita, de trémula voz, facciones delicadas, y mirada angelical no solo mintió sino que verdaderamente logró engañarme. Furibunda defendía la honradez, el recato y la castidad. (“No deberías robar” —me decía—, “¡vende todos esos libros! ¿Para que te sirven? ¡Nunca serás un escritor!”). Acusaría la ‘suciedad’ del sexo cuando le convenía y evocaría el privilegio de haberla encontrado a ella en mi vida, pues era la última de las verdaderas amantes, víctima quizá, que se entregaba por amor sincero. Jamás imaginé su mundo ancho y ajeno. Conmovido siempre le creí.

Esa noche confesó además que a su último amante llegó a quererlo, incluso le había regalado algunos de mis libros, éste le insinuó la posibilidad de asesinarme sin dejar huellas, y que ella lo pensó. No tenía perdón. Admití con rencor la condición humana, comprendí, pero ya un pesar agudo, una sombra, me oprimía. Me dije: ¿Para qué sufrir? *Maya*, ilusión, prórroga de la condena ineludible, y, pensé sinceramente en suicidarme como Eleuterio. A la fascinación por el suicidio mis amigos acudieron en mi auxilio de inmediato, como cuando se socorre ante un incendio. Recuerdo haber leído en esos terribles días, con dolorosa codicia, el episodio de un suicidio en una novela de Sábato que me prestó Bayonita y haber acudido a esa lectura como se recurre al psicoterapeuta, al sacerdote, al alcohol, las prostitutas o la droga, y, felizmente, haber arrebatado de esas páginas desgarradoras, alivio y calma, asco de lo caótico y contra todo pronóstico a la luz de la lectura un resignado encanto por la vida.

Pasaron tres meses. Se podría decir que vivía restaurado y feliz, cuando llegó mi cumpleaños (ella había dejado la carrera

hacía mucho, trabajaba en una Compañía de Seguros), y, reapareció obstinada en que la perdonara, dijo que ya no vivía en ese maldito departamento, había cambiado, el amor que me tenía no podía ser más grande, y que problemas propios de toda pareja nos llevaron a sucumbir. La despaché rápidamente.

Otro día, aparecería de pronto en pleno salón de clases para decirme que detestaba al perro, que por favor lo llevara conmigo, en último caso lo abandonaría en algún lugar de la avenida La Costanera al borde del mar, y le importaba un pito si era atropellado. Conmocionado, le dije que lo trajera, pero ella se negó.

No sé por qué asistí a la cita pensando que llevaría al perro. Caminamos por el Parque Salazar discutiendo acerca de la tenencia de *Aristóteles* y nuestra ruptura definitiva, entre un incesante fluir de mujeres preciosas. Enrumbamos por la avenida Larco y desembocamos en plena tarde en la librería La Casa Verde cuando de pronto vi una dulce y delicada criatura de piel clara. ¡¡Dios mío!! Cuán bella era y qué encanto poseía, quedé mudo, el mundo se volvió hermoso y continué atrapado sin poder decir una sola palabra, solo atiné a observarla y satisfacer con delectación su apetecible figura, qué piel, unos ojos hermosos color café. Experimenté fortísimas ganas de gritar, acariciarla y poseerla ahí mismo, irme a la cama con ella en mi habitación y tenerla todo el tiempo conmigo. ¡¡Preciosísima!! Radiante y deliciosa —sería sabrosísimo degustar de su exquisita y succulenta hechura— estaba ubicadita en una vitrina: se trataba de *Tirant lo Blanc* en edición de lujo, una novela de caballerías que había buscado desde hacía muchos años atrás. No era posible que ahora mismo, cuando la tenía frente a mí, después de haberla esperado tanto, con verdaderas ansias, dejara pasar esta única oportunidad: la posibilidad de leer ‘al robado’ esta novela, deseada con fervor casi enfermizo por años. En

primera instancia no intenté robarla. Una cinta mostraba su precio en dólares. ¡Uf! Inalcanzable, pero una fina duda, que María conocía muy bien, se apoderó de mí. Miré de reojo a ambos lados, y ella dijo: “¡¡No, yo lo compro!!”. Se acercó a la caja registradora, pagó en efectivo, y me lo regaló. Al final lo obtuve. ¿Estaba feliz? Me hallaba frente al libro que había deseado realmente con tanto anhelo, lo tenía en mis propias manos en edición de lujo, cancelado en dólares. Pero me sentía sinceramente desconcertado. Reparé que sin duda me había traicionado a mí mismo, había sucumbido; y, me reproché nervioso cómo pude haber aceptado un regalo de la mujer a la cual detestaba. Salimos de la librería y de inmediato la despedí, cuando me dijo: “eres fiel; pero no tienes corazón”; bajé al malecón y divisé el mar con tranquilidad y una paz bastante absurdas; sintiéndome realmente liberado.

Caminé sin rumbo para matar el tiempo cuando advertí que ella no se había ido, me estaba espiando a cierta distancia desde su automóvil. De inmediato crucé a largas zancadas un parque y me embarqué en un ómnibus con rumbo desconocido. Entrada la noche llegué a mi habitación con una mezcla de furia y desazón, que, ahora que lo recuerdo, pateé a un perro en la calle. Con violencia tiré el libro a un rincón y lloré henchido de ira e impotencia contra mí mismo. “¿Cómo diablos me saco esta mujer de encima?”, me decía con una mezcla de sentimientos, sin poder leer con tranquilidad una sola línea de la novela que tanto había esperado.

María nunca comprendería mi pasión por la literatura y jamás me ayudaría para llegar a ser un escritor. Cuando se fue definitivamente de mi vida supe que hacía mucho había perdido la mujer total, la que yo mismo había abandonado: Dorita Reyna. Luego dejaría también la universidad.

La penúltima vez que vi a María, que fue dos semanas después, me dijo que se quedaría con *Aristóteles*. Yo no

tenía ánimos ni para mirarla, pero experimenté esa extraña desolación de las despedidas y el adiós, lo cual me llevó a acompañarla a dar una vuelta y terminamos inexplicablemente en un hotel. Admitió de manera tierna que nunca me amó, pero sí me quería, “como a un hermanito”, me dijo. Obtuvo un orgasmo y se quedó dormida. Fumé unos cigarrillos de su cajetilla mientras una codicia de venganza inconfesable se apoderaba de mí; primero no le di importancia, pero conforme mi intención iba aumentando, me aterró. Sudaba frío. Lo malo de esta mujer era que había cambiado esa lejana adicción mía a la lectura y los libros por una extraña adicción a ella. De llevarlo a cabo hubiera sido un asesinato atroz, de una insania cruel y salvaje; me horroricé tanto que de inmediato, estremeciéndome de desesperación (bordeando la locura), salí corriendo de la habitación del hotel y la dejé allí durmiendo desnuda.

Un día, al regresar del trabajo, entré a mi cuarto alquilado; y al cabo de un rato se oyeron unos gruñidos seguidos de arañazos en la puerta. Abrí y *Aristóteles* se precipitó en la habitación, saltando sobre mis piernas, me abrumó de caricias. Atrás la dueña de casa me dijo que lo había traído una señorita... “quizá para no estar apenada”, pensé.

Jalé cursos, dejé el trabajo en la Casona y conseguí otro de medio pelo en un periodiquito, que recién empezaba a ver la luz, para ello en los primeros días frecuentaba casi a diario la Biblioteca Nacional, lo cual aún me permitía sobrevivir en la Lima de aquel entonces. Mi trabajo consistía en ir todos los días de una a siete de la tarde al taller de redacción y “corregir” todo lo que habían elaborado los redactores y practicantes, pero la verdad detestaba estar atrapado frente a la computadora revisando lo que otros escribían, a no ser por el articulito que me permitían que consignara para el suplemento dominical. Abandoné definitivamente los estudios en la universidad.

Pude vivir feliz tres meses más sin verla. Quiero confesar aquí que sinceramente la extrañaba. ¿Y si lo que me había dicho era solo para erradicarme de sus días porque mi compañía era impedimento para su porvenir y se había ido amándome, sufriendo, lamentando mi actitud y posición económica tan discordes para con ella y su clase? En fin, sentí apreciarla, que nunca jamás había querido así a una mujer y disfrutado tanto de su ser íntegro; pero luego de una ligera duda me decía: “Engañarme tanto tiempo. ¡¡No!!, es una puta, es una puta”. Nada había podido sacarme de la mente ese hecho.

Dado todo esto tenía en mente un último robo. Éste sería el final, ansiado desde que me inicié en Lima en el hurto de libros.

Nunca fui amable con los bibliotecarios, en realidad, en el fondo odiaba su mediocridad y lentitud, era como si trajeran algo consigo; no sé: un disfraz. Actuaba con cautela y previsión, sin embargo Magaly, aparte de novia de Santiago, mi antiguo compañero que seguía trabajando en la Casona, era una damita de buenos modales quien siempre se entusiasmaba en atender muy amable a los usuarios y por la cual yo tenía cierta estima. Un día la encontré llorando en su escritorio y realmente me preocupó. Había discutido con su padre y dado que Bayonita estaba de viaje en Piura por unos días, la invité a cenar y le hice saber de mi objetivo. Magaly como buena limeña fue directa, me deslumbró su intrepidez: primero tendría que hacerme amigo del director y los administrativos, así si me encontrarían *in flagranti* podría inventar alguna excusa; saber cómo se manejaba la biblioteca, conocer a los detestables agentes de seguridad, y tal vez enamorar a quien sea indicado. Ella me ayudaría; a decir verdad no le importaba la biblioteca ni su trabajo, sino Santiaguito Bayona y su inminente matrimonio con él en algún remoto lugar de la costa piurana, como lo habían soñado.

Con la intención de hacer un reportaje acerca de la biblioteca pude acceder a lo requerido, tuve que realizar ciertas conversaciones previas, buscar algunos incunables de la Sala de Investigaciones para las fotografías. En la entrevista con el director vi que no era un ser fácil de domar.

Entrar a la Biblioteca Nacional era formidable, a pesar de los ficheros —esa horrenda invención de los bibliotecólogos— se podía leer lo que uno quisiera, hojear, acariciar, mirar las posibles víctimas, pero aún así no era igual la sensación, pues, existe una enorme diferencia entre la posesión y leerlos en una biblioteca, es como mirar a su propia mujer sin poder realmente degustarla; además, esta vez robar era la consigna.

Era para venderlos en algún remoto lugar de las serranías donde el Otorongo había contactado con un librero el cual compraría todo, sellados o no, para no sé que institución, cuestión que no me inquietó en lo más mínimo pero que ahora conversando con el director y conociendo la biblioteca, me aterraba.

Pasé noches enteras meditando cómo llevar a cabo ese atraco, rompiéndome la cabeza sobre la manera de empezar a hacerlo. Ya estaba ahí, dando mis primeros pasos, y no podía retroceder. Tenía experiencia, solo era cuestión de calcular un poco y entrar de noche con costales, máscaras, pistolas y demás, y, extraer solo libros seleccionados; pero otra vez algo inexplicable ocurrió, como si la biblioteca cobijara un espíritu que me transmitía un mensaje, un aullido, y que definitivamente me llevó a desistir. El reportaje tampoco salió. El Otorongo me maldeciría.

La Biblioteca Nacional no sería víctima, aunque quizá sí el campo ferial del jirón Amazonas pero no fue llevado a cabo pues en una redada policial me apresaron como sospechoso

cuando vagaba borrachísimo a las dos de la madrugada por una avenida que no recuerdo, en la tarde habían matado a balazos a unos policías en un asalto a una agencia bancaria. Me encerraron en una carceleta, pasé la noche sin ingerir nada más que un pan duro y un poco de agua agria, agotadísimo y preguntándome por *Aristóteles*. Al día siguiente en mi declaración alegué (mientras la radio anunciaba la captura de los culpables) que estaba ebrio, no recordaba nada y había perdido mis documentos en un atraco, además era periodista; pero por mi apariencia no lo creyeron, en fin me importó un bledo. Volví a la celda con otros tantos. ¿Adónde había llegado a parar, mientras mi madre durante años vivía sola allá en Chimbote?, reflexioné. Como no tenía nada que leer ni podía escribir, presentí que ahí estaba el final de mi grandiosa etapa de “escritor”.

Nos pidieron dinero, trataron de hacerme limpiar los baños y jardines de la Comisaría para soltarme esa misma tarde y como hube de rehusarme seguí encerrado; luego por orden de un capitán me largaron con las primeras luces del amanecer del segundo día. *Aristóteles* había sobrevivido como pudo. Me presenté al diario, inventé una treta; pero una atmósfera pútrida, una aniquilación propia me decía que sobraba en esta ciudad.

Viajaba a Chimbote continuamente pero una noche luego de la salida del diario, llegué a mi habitación, hice maletas, cogí al viejo *Aristóteles* y marché rumbo a ese puerto definitivamente; como ironía en las afueras de la agencia de viajes encontré a don Matías, tendido en un rincón lleno de harapos y desperdicios, con una botellita de ron entre brazos y tanto alcohol en la sangre que no me reconoció.

Si tenemos en cuenta que todo esto tuvo su origen en los libros quizá pueda deducirse que la búsqueda de la felicidad no esté en ellos, pero no importa. La verdad he conocido

gente que no necesita de tales y tal vez sean quienes mejor estén encaminados. Mi vida estuvo llena de aventuras que no excluyeron las desgracias, a veces me cuesta creer haberlas vivido; sin embargo no guardo el más mínimo remordimiento, por el primer libro que robé y me iniciaría en todo esto.

Marché a Chimbote, donde retomaría mi trabajo de periodista cultural con la posibilidad de escribir lo que me venga en gana y que años atrás inició mi sueño de aventurarme hacia La Ciudad de los Reyes.

Cuando ocasionalmente he regresado a Lima con el fin de realizar una entrevista o reportaje he visto sus calles y he recordado mis días de ladrón de libros, esa rara especie de hombres en extinción a la cual con alto honor aún pertenezco. Calles y calles de caminata interminable, avenidas, jirones y plazas, atiborradas de gente, sin un verdadero ladrón, y me he sentido con frecuencia y razón el último ladrón de libros del mundo.

En una ocasión en una visita a la Biblioteca Nacional estaba a punto de coger un ejemplar cuando sentí que alguien me tomó del hombro. Era Santiago Bayonita, nos dimos un fuerte abrazo y un apretón de manos. No había cambiado en nada su manera de renquear al caminar, ni su botón de la camisa suelto para dejarse ver el vello; había publicado un poemario, era un leguleyo del Poder Judicial, y, se había casado, ¿con quién? Caminando por la avenida Abancay, rumbo al viejo bar, me susurró una confianza irresistible: había abandonado a Magalyta embarazada, aunque tuvo que reconocer al niño, no sabía si era suyo o no; pero le pasaba una pensión. Al llegar al Parque Universitario no pude resistir la tentación de ir a visitar al viejo Ernesto a quien encontramos predicando a sus seguidores en una suerte de ceremonia religiosa. No hubiera podido reconocerlo si lo hubiera visto en la calle. *El gran Sheriff*, abandonaría

su negocio e implantaría en ese local la sede de una nueva y extraña secta. Junto a Gladycita que poseída hablaba en lenguas lanzando de cuando en cuando aleluyas casi con furia, *El Bendito* ahora, daba rezos, echaba a los demonios, meditaba, y, reflexionaba acerca del fuego eterno, del infierno y el azufre. No me reconocieron entre la compacta masa de individuos. Biblia en mano proclamó que éste era el libro total, el que enseñaba el secreto de la verdadera vida eterna, que no seamos necios: “tiremos los demás, sacrílegos”, dijo. ¿Ese texto resumía todos los misterios del mundo y a todos sus demás congéneres? Salimos y tomamos unas cervezas con Bayonita recordando aquellos tiempos inmemoriales. Mientras conversábamos en el bar ante los ojos asombrados de mi amigo, yo no dejaba de pensar qué diablos le había sucedido al viejo Hurtado.

Cuando María y yo nos separamos hubo en la amplia familia materna de ella una pena profunda y mares de lágrimas. Pensaban que íbamos a casarnos (mi madre que la había conocido en esporádicos viajes a Chimbote, abundantes en regalos y cumplidos, la adoraba, y, a mi retorno cuando se enteró, también lloró). Yo convertido en un monstruo había abandonado antes a mi linda noviecita chimbotana Dora Reyna y ahora se podía esperar de mí cualquier aberración. Nunca supe si las lágrimas maternas fueron por mi llegada de mi largo exilio de cinco años en el intento de ser un escritor o por la noviecita abandonada en las puertas del matrimonio.

Ahora que he vuelto a Lima, retomo las clases en la universidad, observo y encuentro una soledad vasta y terrible en las calles limeñas, y, sobre todo, los pasillos de la Facultad de Letras. Busco entre la gente y no hallo quien me otorgue alguna referencia de María y aquellos increíbles años que viví. El edificio donde se ubicaba el departamentito

que un día hicimos nuestra cuna de amor, cual si el destino me jugara una mala pasada, descuella ahora como un hostel con luces de neón.

Hospedado en la misma habitación donde fuimos felices, y donde además años antes se había suicidado una amiga suya, veo unos remotos libros que he traído conmigo como mudos testigos de la vida; de aquello, lo que fui.

En cuanto a mí, por fin ahora, en este preciso momento en que escribo esta línea, tomo conciencia de ello: 'lo que fui' y que aún ahora mismo soy. Doy un suspiro nostálgico y retorno mentalmente a mis lecturas de Hamsum, Böll, Turgeniev, Chejov, Cervantes, a sus páginas maravillosas, ésas que me alimentaron y por las cuales me mantengo vivo; y, qué duda cabe, al final me convirtieron, dulcemente y a buena hora, en el feliz ladrón que un día fui y en el intento de escritor que ahora soy, de este sueño tan humano (e imperfecto por ello) de recuperar el tiempo y el Paraíso perdido.

EL PARAÍSO PERDIDO

EL PROCESO

—¡¡Apunten!! —escuchó el profesor Libertad, y se sobresalta.

Es domingo, las calles al mediodía se divisan desiertas. No aparece un alma. El viento arrastra retazos de periódicos y despojos. El andar del profesor Libertad resuena en el empedrado. Camina en dirección a la Plaza Bolognesi paseando a Petiso su pequinés. “¿Por qué este jirón se llamará: Washington?, se pregunta.

Desde la arteria lateral escucha de repente unos pasos. Un hombre alto, vestido completamente de negro y con pequeños lentes oscuros se apresura. “¿Habla solo?”. El profesor Reymundo Libertad carga de inmediato a su mascota y emprende a caminar expedito. “Hay rostros que al instante inspiran terror”, piensa.

El extraño acelera, lo sigue. El profesor mira tras de sí, levanta sus gafas, achina la mirada, pocos pasos lo separan del sospechoso. “¿Quién será éste?”, se pregunta, “¿Y por qué no se acerca, si tanto se empeña en seguirme?”. Pareciera que el hombre de negro le conoce. “¿Pero quién es? ¿Qué quiere?”, se esfuerza en recordarlo y avanza.

A unos minutos una camioneta de lunas opacas se detiene rasgando el suelo, bajan dos militares de chaquetas verde olivo, apuntan al profesor, lo golpean en la cabeza con las cachas de sus pistolas y a empellones lo introducen en la

cabina. La mascota ha caído, gime y luego ladra. El hombre de negro sube al vehículo tras el profesor y cierra la puerta de un golpe. Reymundo está sorprendido, no se explica porqué lo detienen. Dentro el chofer y un tal Martino, un sujeto de mostachos ralos, conversan.

—Agáchate... —dice el de bigotes— Agáchate, ¡¡carajo!!

—Pero, señor, ¿qué pasa?... ¿Por qué me detienen?... —jadea el profesor.

—¡¡Callen a ese cabrón... y revísenle...!! —grita Martino Rivas que se acaricia el bigote entrecano en el espejo retrovisor.

La camioneta arranca (el perrito la sigue), sorteando calles, gira frente al Real Felipe. El profesor Libertad, apuntado en la sien, es revisado y ordenado a permanecer en silencio. Suda. Su corazón parece salirse, y él no encuentra razón de estar ahí.

—¡Cero uno, aquí; cero uno!

—¡Adelante, cero uno!

—¡Asterisco, doctor! —dice Martino— ¡Asterisco positivo, doctor! ¡Tenemos a Lenguado vivito y coleando!

—¡Tráigalo a la ESNA, Rivas!

—¡Okey, doctor!

Los soldados le vendan los ojos con una cinta roja, le esposan las manos a la espalda, mientras el chofer dirige el carro hacia la Escuela Naval; algunos minutos después la camioneta se detiene. Reymundo baja, camina tembloroso flanqueado por los dos tipos que lo apuntan. Escucha el vaivén del murmullo marino. Suda a chorros. “Ha habido un error”, piensa.

Oye a lo lejos voces, gritos, arengas. Siente el picante tufillo del muelle de la costa chalaca, el chillido de las gaviotas. Está como ebrio y extasiado. A ciencia cierta no sabe dónde se encuentra. “Debe ser la una de la tarde”, piensa, “Petiso estará vagando por las calles”.

Va a caer a un cuarto frío y oscuro. Es encerrado. “Al llegar solo a la casa, Soledad mi mujer me echará de menos”, se dijo y se quedó repitiendo las dos últimas palabras. Algún tiempo después entró un oficial, le quitó la venda y le alumbró la cara con una linterna.

—Así que tú, ¿no?, perro... hijo de puta, quería conocerte, perro... ¡Ahora, pues...! ¿¡Ahora!? —le dice mientras le propina una bofetada y le lanza un escupitajo. Libertad lo mira aterrado.

—¡Pagarás caro, cabrón!... ¡A las seis o a las siete te fusilan!... ¡Córretela si quieres! —le dice el oficial y lanza una tremenda risotada antes de irse.

La oscuridad, la incertidumbre, la impotencia y la espera es el propio infierno. “Debe haber pasado por lo menos tres o cuatro horas”. Está aterrado, escucha a lo lejos el rugido del mar, cuando aparecen dos oficiales seguidos de tres soldados como sombras gigantescas, el más alto de los militares ordena que lo lleven en dirección al muelle, un soldado arrastra una silla entre la penumbra.

La noche está fría, se percibe el vaivén del oleaje marino. Libertad tiritita. Los hombres se detienen al extremo del muelle. Uno de ellos ordena que le revisen las esposas, le amarren los pies y lo sienten de cara al mar, como ha ordenado Monteza. Reymundo suspira.

Una escuadra de soldados se acerca jugueteando con sus fusiles AKM; tras de ellos el capitán Rivas trae unos binoculares sujetos al cuello, detrás Monteza fuma. Los soldados apuntan al profesor haciéndole piruetas. Rivas ordena que procedan a prepararlo. Todos toman posiciones mientras Reymundo trata de liberarse.

—¡¡Alto...!! —grita Monteza despidiendo el humo de su cigarrillo—. ¡¡Éste es un soplón, señores!! ¡¡Así mueren los soplones!!

—¡¡Soy inocente...!! —grita Libertad como ahogándose.

—¡¡Carguen...!!

Reymundo mira por última vez el litoral marino, quizá la isla, el horizonte que se confunde con la noche y se pierde tras las luces de un barco lejano. Hay luna al correr de las nubes y es como si el mundo fuera sólo agua y frío; siente endurecer su corazón como un puño. Mira el mar con una especie de ternura, como queriendo llorar.

—¡¡Apunten!!! —ronca con furia el doctor.

De pronto Monteza se acerca a Libertad, le propina una bofetada, le dice “perro”; y ordena que lo suelten. “¡Quiero batirme con este hijo de puta...! ¡A ver si me responde!”. Los soldados obedecen prestos sin chistar. Rivas encañona su arma. Todos están enmudecidos. Monteza golpea, lanza un puñetazo tras otro. El profesor cae al duro piso del muelle, un hilito de sangre le chorrea de la nariz, escupe. Siente petrificarse, percibe venir la muerte como una espiral, un hormiguelo que le recorre por toda la espalda. Logra escuchar a Monteza frente a él: “¡Golpea, golpea...!”. Libertad hace un esfuerzo por sobreponerse, se incorpora y ¡zas! de un salto se zambulle al mar.

Los soldados rápidamente apuntan y disparan revoloteando el agua, las balas filudas cortan y resuenan en la superficie, enérgicas olas marinas rompen contra los pútridos troncos que sostienen el muelle. Al calmarse las aguas, burbujas de aire aparecen y revientan al ras. Los tres soldados nerviosos, enfocan con sus linternas. Martino desesperado observa por los binoculares y luego los entrega al doctor.

—¡¡Quiero ver sangre, mierda!! —grita impaciente Monteza, chupa exasperado la colilla de su cigarrillo, lo mira, lo tira al suelo, lo pisa y se acomoda la corbata.

—Debe estar muerto, nada sobrevive a tanta balacera. El mar botará mañana su cuerpo a la playa, Doctor —sostiene Martino.

Reymundo bucea debajo de los troncos musgosos desesperadamente. Trata de nadar bajo el agua turbia,

salada, llena de arena, escamas y suciedad; lucha con todas sus fuerzas, respira unos segundos y se sumerge de nuevo, da vigorosas brazadas casi desfalleciente. Insiste.

—Está muerto —dice Monteza—. Se lo llevó la corriente. ¡Vámonos...!

Reymundo Libertad cruza a nado limpio la bahía en dirección a la costa. Una luz como de un faro peina la zona y él tiene que zambullirse cada vez que le alcanza hasta quedarse casi sin aire. Poco menos que muerto llega a tierra y camina entre el fango. Chorreando sanguaza, pisa las rocas del litoral, tose, tiritita, escupe, vomita; tiembla de frío, terror e incredulidad de aún poder estar vivo. Emprende raudamente hacia una avenida, corre como un loco y se esconde. “Me persiguen”, delira; mira tras de sí pero no hay nadie. Camina sigiloso calle arriba, se apresura. Y logra ver, allá a lo lejos, la silueta de su esposa y el pequinés que recortan el horizonte. “¡Soledad!... ¡Soledad!”, grita casi ahogándose de alegría. Trastabilla, emprende hacia ella, Petiso se encabrita y tira de su correa mientras el viento sopla recio a la noche chalaca. Con las últimas fuerzas que posee el profesor corre presuroso, se acerca a su mujer, felizmente va a abrazarla,...y es cuando en todo el muelle se escucha el vozarrón de Monteza, que ronca: “¡¡¡Disparen, carajo!!!”. Nuestro Libertad siente los filosos y duros golpes de las balas penetrar en su blando cuerpo sujetado y se divisa un aleteo revoltoso que se pierde con el despavorido crujido de las gaviotas de la muerte.

MARILYN

Los sucesos desgraciados tuvieron lugar aquella noche. Paquito entre la penumbra, envuelto en su frazada, cogió apresurado sus cuadernos, cruzó a puntillas la habitación, abrió la puerta que chirrió apenas y provocó las inspiraciones de doña Consuelo. Había esperado pacientemente que se quedara dormida. Ya calmado descendió rumbo a la tienda en la planta baja. En el lento recorrido de las escaleras fue pensando si cometería o no su propósito, así el reparo en Marilyn —morenita, bella, exquisita— le hizo recordar: ¿cuánto hacía que vio por primera vez esa silueta de curvas tan delineadas? ¡Cómo se le parecía a una actriz de la televisión! Había llegado hacía unos meses, una mañana cuando él, apoyado en el mostrador, repasaba una tediosa lección de Historia y de pronto fue como si despertara; por un instante estuvo a punto de correr hacia ella, hacer a un lado a los transeúntes y curiosos que la miraban boquiabiertos, y, estrecharla por la cintura, comprobar que en verdad era de carne y hueso, arrebatársela a ese hombre que la conducía hacia el interior del establecimiento y ahí mismo acariciarla: sus cabellos, su rostro, sus pechos; pero no se movió de su asiento, más bien pétreo se dedicó a observarla casi con ternura...

Ya dentro de la tienda por unos segundos pegó el oído tras la puerta, al parecer alguien se había despertado. Cuando hubieron cesado los ruidos por completo, se volvió y ¡ahí estaba dormida! Hacía mucho que se veía adentrándose con ella debajo de las sábanas así como los chicos de la escuela contaban que lo hacían con sus empleadas domésticas o las vecinitas jugando al papá y la mamá. Con esta sería mucho mejor; aunque no recordaba en qué preciso momento de veras cayó rendido ante su mirada, ni desde cuándo el observarla le hacía sentir esa desconcertante quemazón que le serpenteaba por todo su cuerpo. Desde entonces, Marilyn se convirtió para él en una secreta delicia. Arturo su hermano mayor le había escogido a ella ese nombre por su parecido con una figura de la televisión; pero él siempre prefirió llamarla “muñequita”.

La tarde había sido particularmente funesta. Inadmisible. Paco llegó del colegio pasada la hora del almuerzo. Apareció en el umbral de la tienda atiborrada de clientes, y, no pudo evitarlo, a empellones, hizo campo para posarse durante un largo rato frente a Marilyn quien tacones altos y faldón ceñido, coqueteaba con uno que otro cliente resaltando sus formas femeninas.

Desde el fondo de la tienda se escuchó el regaño de doña Consuelo quien envolvía un paquete:

—¿Qué andas haciendo ahí?... ¿Estas son las horas de llegar? ¡¡Entra ya...!!

Paco no pudo evitar esa humillación que acompaña la censura imprevista. En medio de los clientes que alborotaban el local, lo miraban y cuchicheaban, se sintió minúsculo, pequeñito, insignificante; pero se empinó y protestó: ¡espera, pues! Y siguió musitando algo ininteligible.

Una mirada de furor de doña Consuelo se disolvió en el ambiente.

—¡Vamos, ya vete para adentro...! —dijo la madre.

—¡Ya voy...! —contestó Paco indignado y siguió observando

a Marilyn quien se hacía la desentendida y apenas si lo miró con el rabillo del ojo como quien mira un mendrugo.

—¡¡Qué bonita damita, caray!! —exclamó un hombre gordo, seboso, y lanzó una risotada monstruosa mirándola.

Marilyn no se inmutó ni protestó, más bien parecía sonreír con aquel hombre que le había flirteado. Los clientes miraban las vitrinas, alguien exigió rapidez. Una niña acompañada de sus padres se probaba una colorida bufanda, y se observaba en el espejo empotrado en una de las paredes. La gente entraba y salía de la tienda.

—¡Ya vas a ver...! —rezongó doña Consuelo y luego espetó:

—¡Retírate...! ¿No ves que estás estorbando...?

Paco confundido dio una última ojeada a Marilyn. Él hubiera esperado al menos una señal de complicidad, un guiño, pero nada; comprendió entonces que en el amor la lealtad era moneda falsa. De inmediato tomó en cuenta qué poco importante habían sido sus últimas noches junto a ella, las caricias, el cariño, tanto el seducirla como gustar de ese aromita dulzón que despedía debajo de su falda que apretaba sus frescas caderas. Estimulado por un sentimiento de rebeldía, dijo a su mamá en tono despótico que provocó la risa de algunos de los presentes:

—¡¡No fastidies, vieja loca!! ¿¡Está bien...!?

—¡Oye, chiquitín! Te gusta mucho la jovencita, ¿no? —dijo una voz en tono compasivo. Paco le miró furibundo.

Doña Consuelo se disculpó de los clientes, y se acercó enfadada. “¡Qué te has creído, mocosito insolente!”, gruñó mientras lo cogía de la patilla. “¡Ya vete adentro...!”. Enfurecido, como si de pronto el mundo se fuera a acabar, Paco avanzó hacia la trastienda lentamente, cabizbajo, sollozando.

Cuando llegó frente a ella tiró impetuosamente sus cuadernos, hizo a un lado la frazada con la cual estaba envuelto

y de golpe con un lacerante desprecio le lanzó una bofetada. “¿Coqueteaba así con todo el mundo, como lo hizo con ese gordo repugnante en la tarde? ¿De dónde había aprendido a hacerlo?”, vociferaba alzando los puños, protestando.

El espejo repetía la imagen cuando la empuñó de los cabellos, fue entonces que Marilyn dio un gemido casi imperceptible. Paco, con furor, de un empujón la arrojó sobre la alfombra, sin embargo sintió un desenfreno excitante: aquellas redondeces resultaban ahora más turgentes, y, aunque se cruzaron algunas miradas de odio, Marilyn estaba más linda que nunca.

Captado como por una fuerza sobrehumana, un estremecimiento le hizo sentirse desconcertado, trató de calmarse, se sentó al lado de Marilyn que yacía en el suelo; trataba de olvidarlo todo e irse a dormir pero enseguida se apoderó de él una turbación, un desprecio, una irremediable ofuscación. Era imposible retroceder, aturdido, brutal e implacable, de pronto se incorporó, cogió una silla y enceguedo le descargó una golpiza a la altura del corazón, llorando, como si una suerte de sople maligno se hubiera impregnado en su alma. Algunos minutos después Paco cayó de rodillas suplicante.

—¡¡Qué he hecho, Santo Dios...!! ¡¡Perdóname, Marilynita!!
—se dijo aterrado mirándose las manos, llorando.

En la alfombra, un brazo quebrado y el pecho magullado daban cuenta de lo feroz del exceso. La noche ha avanzado. Paco piensa en el acantilado, coge de los cabellos a Marilyn, la arrastra por la extensión de la tienda, franquea la entrada que da a la sala, coge una llave, llega a la puerta y sale a la calle en dirección a los barrancos.

A esa hora de la madrugada las calles de San Miguel lucen una calma que no se acostumbra a ver en las mañanas al enrumbar hacia el colegio o al caer la tarde cuando los establecimientos están abiertos aún. Un vecino trasnochador

asoma a su ventana, hecha una ojeada y logra divisarlos a punto de perderse tras una esquina. Paco se adentra camino al barranco arrastrando a Marilyn... Ve su propio rostro calamitoso en el parabrisas de un auto detenido al borde de la acera, los ojos reventados por la intensidad del llanto... escucha risas, voces, y, observa a lo lejos los sombríos espectros de unos hombres que se aproximan, allá arriba, en la boca de la calle... pero ya es absurdo volver... acelera su marcha... siente la suave brisa marina salpicarle al rostro, se estremece... allí al borde del despeñadero observa a Marilyn y recuerda, como si una voz le dictara desde el fondo del alma una vaga tristeza, aquella primera vez que la vio... va a realizar un hecho importante: una firme resolución; al menos allí a la orilla del malecón, frente al mar nadie le reprochará nada ... y se pierde con ella entre las penumbras de la noche...

MUERTO POR TIEMPO INDEFINIDO

Fue en una soleada mañana dominical cuando al distinguido poeta Laurencio Visionario le ocurrió algo inesperado que daría un vuelco a su vida. Él, de cincuenta y siete años que vivía en calma en su casa de campo en las afueras de Lima, quedó impresionado y casi muere del espanto cuando, entre sueños aún, al abrir el diario *El Comercio*, antes de echar su habitual ojeada al suplemento del mismo, leyó en la portada, a grandes letras:

MURIÓ EL POETA LAURENCIO VISIONARIO

Debajo una nota indicaba: “Lima, Domingo 4 de febrero. Laurencio Visionario, gran hombre de letras, notable poeta perteneciente a la generación del sesenta, falleció ayer, a las 8 p.m, en el Hospital del Empleado de esta ciudad después de dos semanas de dolorosa enfermedad. Tenía 57 años... (*Véase página central*)”.

De inmediato desesperado revisó la página central que contenía un artículo necrológico a seis columnas, firmado por el crítico literario Pedro Escritura Denegri. Indudablemente no se trataba de un homónimo y por las dos fotografías que se exhibían, una cuando era niño en su pueblo natal y otra cuando era profesor de un colegio en Lima, sin duda se trataba de él.

Aunque sorprendido y sin dar crédito a lo que leía, echó una inquieta ojeada sobre la subrepticia nota fúnebre del crítico y observó algún giro malicioso incluido con indiscutible astucia entre los infaltables adjetivos laudatorios como si se tratara de una recuperación póstuma luego del condenado olvido al que lo habían relegado desde hacía mucho tiempo los intereses literarios del país.

De inmediato Visionario encendió el motor de su automóvil y fue apresuradamente a la ciudad. Tomaría su desquite. “¡Es asqueroso! ¡Ese director del periódico me oirá! ¡Le va a costar caro mi cadáver!” se decía enfilándose rumbo al local del diario en el jirón Miró Quesada. Al llegar fue atendido atentamente por una secretaria quien lo anunció en el despacho del director, éste lo recibió en su oficina muy amable.

“Maestro. Tome asiento, por favor. ¿Alguna bebida? El agua es muy buena para la salud, dicen que amplía la vida por más de diez años” —dijo el director moviéndose en su silla giratoria y llevando una pastilla a la boca antes de tomar un sorbo de líquido que extrajo de un bidón portátil—. “¡Caramba! Dígame, maestro, ¿A qué debo el placer de su visita?”

“Señor en su periódico se ha publicado la horrenda noticia de mi fallecimiento, de mi muerte”. “¿De su muerte?” —dijo el director y abrió un ejemplar del diario doblado encima de su escritorio, leyó lentamente, y no pudo esconder un brevísimo rubor; no bien se recuperó carraspeó con convicción.

“¡Me han matado, señor! ¡Es algo nauseabundo! ¡No puede ser...!” “Sí, sí, claro. Bueno, la noticia se ha extendido más allá de la intención de los redactores; pero, por otra parte: ¡aprecie, usted, el honor que se le rinde a su pluma! ¿No cree? ¡Tenemos buenos críticos literarios!” “¿Honor? ¡Pero si me han arruinado! ¡Han destruido mi carrera, señor!” —El poeta perdió la paciencia—. “Bueno, se ha cometido, digamos, cierto desatino” “¡Me han matado, señor! ¡Le exijo

una corrección inmediata! ¡Esto no es justo!” “Pero, óigame usted, cálmese, ¿no se da cuenta de la asombrosa fortuna que le ha traído el destino? ¡Esto ocurre una sola vez en la vida, señor! Tome las cosas con calma. Otro artista cualquiera hubiera danzado de alegría por tanta buena suerte!” “¿Buena suerte?” “Sí, usted debe saberlo mejor que yo, cuando muere un artista, su popularidad sube inmediatamente. ¡Y, nosotros, sin quererlo, le hemos prestado un beneficio impagable, señor! ¡Usted, debería estar agradecido!” “¿Y qué hay de mí? ¿Acaso debo hacerme el muerto?” “Bueno, mire, aproveche usted la oportunidad. No la deje disiparse. Hágase usted el muerto por un tiempo indefinido y piense en una extraordinaria publicación póstuma bien planeada. Le ofrezco mi apoyo incondicional para que la crítica esté a su favor y todo sea un éxito editorial. Será mucha la venta, querido maestro, muchos dólares”.

Visionario lo escuchaba atentamente, la palidez dio paso a una claridad en su rostro. “Todo puede ir sobre ruedas. Sepa, usted, una enmienda a la nota no le conviene. Aproveche... y permítame darle un secreto periodístico: un resucitado jamás resultaría simpático, incluso entre los religiosos, estoy seguro que usted causaría una pésima impresión, un chasco publicitario”.

Visionario no mostró negativa, más bien permaneció inmutable. Luego de un rato se despidió amablemente, salió del edificio algo desconcertado pensando en el éxito que le esperaba si actuaba tal cualle había indicado inteligentemente el director, entró a su automóvil y emprendió el retorno a su casa de campo algo alegre, se diría con un nuevo talante, y, como si hubiera descubierto una fórmula infalible de hacer fortuna, se encerró en su habitación. Y hasta dio un saltito en el aire.

Pasados unos días bajo sus indicaciones Bettina, la mujer de Laurencio, y sus demás familiares se vistieron

de luto y organizaron el sepelio, pronto los amigos fueron a visitarlos, y especialmente Orlando, viejo poeta, gran contertulio y primo de su mujer. Poco después empezaron a llegar los editores, periodistas, coleccionistas, curiosos, gente interesada que olía el negocio editorial: la solicitud de cartas, borradores e inéditos era asidua. Sus libros que antes pasaban inadvertidos, ahora copaban las vitrinas de las librerías más importantes de la capital y se vendían fácilmente. Laurencio, en su encierro anónimo, trabajaba escribiendo todo tipo de poemas, cuentos, unas memorias, pequeños ensayos literarios y hasta las odiosas obras de teatro que fechaba en épocas pasadas.

Algún tiempo después se arriesgó a salir, presentándose en los ambientes culturales como el hermano mayor llegado de una larga estadía en Estados Unidos. Para ello arriesgó unas gafas oscuras, se dejó la barba, había adelgazado un poco, simulaba un acento exótico e incluso ensayaba algunas palabritas en inglés. Sus lectores decían: “¡Cómo se le parece!” y hubo más de uno que le pidió un autógrafo. Las visitas de Orlando se hacían cada vez más habituales a Bettina. Ésta parecía florecer, el luto en realidad la había favorecido, robusteció un tanto y estaba realmente bella. El poeta seguía la evolución de su mujer con cierto placer, aunque con un secreto escrúpulo ya que ésta tenía ahora una agenda tan recargada y, con el nuevo trabajo de notable viuda de hombre de letras concedía entrevistas, daba recitales, presentaba libros, dictaba conferencias, inauguraba exposiciones pero no le prestaba la debida atención al laborioso poeta.

“¿Acaso no era sospechosa y hasta desatinada tanta asiduidad de su primo?”; pero cuando el poeta se lo advirtió a Bettina, ésta reaccionó con una furia indescriptible: “¡Pero, qué te pasa! ¿Qué es lo que estás pensando? El único familiar en realidad que se toma el compromiso de

consolar mi abandono, de reanimarme y tú desconfías de él! ¡No seas ridículo, Laurencio...!”

Pasado algún tiempo tuvo lugar en diferentes ciudades del país una última edición póstuma de su obra completa. Un verdadero éxito: proporcionó, deducidos los gastos e impuestos, veinte mil cuatrocientos dólares y la gracia de un concurso internacional. Sin embargo conforme iban pasando los días y meses, lentamente el olvido terminó afincándose cada vez con más impresionante determinación envolviendo el aura del poeta y su obra. Cada vez era más raro encontrar citado su nombre en las revistas, los suplementos o las disertaciones literarias, y no tardó en desaparecer por completo.

Con afligido cuidado, Laurencio se percataba de que sin su presencia el mundo seguía girando igual, las tristes empleadas compraban el pan por la mañana, los ómnibus iban y venían; la gente salía a trabajar o se divertía, y, en las noches parejitas de novios se besaban en el parque frente a su casa.

Un día al regresar de una caminata matinal y cruzar el parque cercano divisó su residencia, sosegada, íntima, hospitalaria. Al llegar de pronto escuchó unos susurros, jadeos balbucientes, tiernos suspiros y al entrar logró entrever en su habitación la desnudez entrelazada de Orlando y Bettina. De inmediato a punta de pies, retrocedió despacito sin que perturbara el gorjeo de los pajarillos que revoloteaban en el jardín, y se dirigió otra vez a caminar meditabundo.

Permaneció recorriendo cabizbajo el laberinto de las calles cuando una fuerza enigmática le hizo marchar al cementerio. La fina neblina de la tarde hacía evaporar los contornos de las cosas. Al llegar a la tumba familiar, donde también estaban enterrados sus padres, miró alrededor: no se veía un alma en todo el espacio que podía abarcar con la mirada. Entonces con una fuerza deshabitual levantó su propia lápida de mármol

con la cual habían hecho la publicidad de su muerte meses antes y donde se leía:

Laurencio Visionario
(* 1946 - Z 2003)

Sin prisa, mientras entraba la noche, quitó con su cortaúñas una a una las clavijas de la tapa de su aún novísimo y lujoso ataúd, lo abrió con mucha calma y se tendió apacible boca arriba en él, adoptando la actitud que creyó más cómoda para acceder al entendimiento de la carne con el más allá en el sueño eterno y la advirtió realmente mucho más plácida de lo que hubiera imaginado. Entonces sin conmoverse ni inquietarse, suavemente, puso sobre sí la tapa de mármol. Aunque un segundo antes de cerrarla, procuró escuchar alguna voz, un chillido, a lo mejor alguien lo nombrara, pero la firmeza del silencio se hizo aún más notoria. Y dejó descender la tapa de la tumba por completo cayendo en la cuenta que desde hace mucho estaba muerto. Fue cuando entonces todo de repente comenzó a aclarársele...

EVA AZUL

La tarde se despide y allá en lo alto del litoral logran verse las primeras estrellas inaugurando el tétrico cielo. Dick ha abandonado a sus camaradas en el bar y deambula impaciente por la playa acariciándose los bigotes, sus pasos apenas se oyen ante el rugido del oleaje marino y las olas que rompen con su fétida y picante brisa le hacen recostarse del lado de las piedras oteando el mar. A esta misma playita venía a jugar de niño, a correr olas; pero hoy la noche aterradora se adentra en su alma como si fuera una sombra confusa, y él cede a la sensación de la náusea. “¡Ah, es abominable, si tan sólo fuera una pesadilla!”.

¡Ah!, me da asco. Me estremezco de tan sólo pensarlo. Tengo que hacerlo; en realidad no lo haría; pero es lo menos que puedo hacer. Desde hoy, en un santiamén mi vida cambiará, me convertiré en un asesino; si lo odiase mi tormento sería menor. Creo que no quiero hacerlo. ¿Qué me fuerza? Mi hermano está ahí tullido e indefenso. Es verdad que le tengo cierta compasión, pobre diablo.

¿Eva? Su fulgor deslumbraba como un aura inacabable esta playita la tarde cuando la trajimos ante la ausencia de mamá, contoneos, coqueteos y sonrisas, lúbricos bailecitos con su diminuta ropa de baño azulina que no sé de dónde de pronto Eberaldo consiguió. Era sin duda de una belleza

descomunal, que antes no habíamos advertido. Desde entonces mi hermano y yo la empezamos a llamar: “Eva Azul”. Ahora al recordarlo debo admitir que desde que la vi así por un instante pensé en correr hacia ella, ladear a los bañistas, abordarla por la cintura y declararle mi amor. ¿Mi amor? ¿Pero acaso yo la amo? En aquel tiempo Eberaldo aún vivía en la casa de mi madre y era un experto en esa expeditiva materia de amores y conquistas. En contados días la tuvo para sí frente a mis propios ojos y ella sin dubitaciones dejó caer sus glorias y encantos ante los halagos suyos, luego que me hubo de rechazar a mí más de una vez. Sin embargo cierta tarde inesperada Eva se adentró conmigo en el disfrute de los placeres de la carne antes de escaparse con él. De haberlos visto hubiera roto mi promesa de no contarle a mi hermano para arrojar a aquella mujer tan falaz a los mismos infiernos de la deshonra o ciego de amor la hubiera asesinado antes de su perfidia.

Ciertamente de un momento a otro, un día él desapareció de la casa; amigas de mamá y los vecinos de Confraternidad comentaban su nuevo ascenso en la Escuela de Oficiales, y hasta de otros barrios decían que de seguro debía de estar embarcado en una misión importante. No sospechaban que se había escapado para vivir con Eva, nuestra antigua empleada; pero todos los muchachos del barrio sabíamos que aún siendo el hijo más mimado abandonó a mamá por los encantos de ella, la muchacha divina que habíamos realmente conocido en la playa a pesar de que vivía desde hacía tiempo con nosotros. Meses después sólo tuvimos una que otra noticia suya y habladurías. Es verdad que sentí una impotencia, un remordimiento, un terrible dolor y grandes celos cuando me enteré que semejante mujer, vivía con mi hermano, luego de haberme prometido cariño a mí, después que la primera vez nos entregamos a la pasión del amor y la carne; además, porque Eberaldo, siendo militar siempre

fue un ser mezquino. En realidad prácticamente ambos me rechazaron a mí.

Puedo decir que fue entonces cuando la empecé a abominar de manera abisal y sin embargo aún la amaba, pero también cuánto la detestaba. El deseo era sólo una manera de sentirme atraído por ella. ¡Naturaleza extraña la del amor! Y esta noche voy a matar a mi hermano paralítico, el marido de Eva, la mujer que tanto quise; pero, a él no le guardo el mínimo rencor; al contrario, le tengo cierta lástima. ¿Quiero hacerlo en realidad por su bien? ¿Acaso él debe dejar de sufrir? ¿No me corroe la exquisita apetencia por Eva? ¿Estoy realmente en mi juicio? ¿Es una obediencia a la consigna de ella? ¡Oh, no!

Si a él lo odiaría sólo sería porque antes de esconderme en provincia una noche inesperada me aterró al reconocer casi al instante su tremendo vozarrón cuando a la vez se apagaron las luces en el edificio donde unos compañeros, mi novia Dorita y yo hacíamos unos trabajos dentro de la universidad. Unos oficiales en una operación de rastrillaje habían tomado nuestra reunión por un soplo. Alguien que sabía de la tertulia, nos calumnió como un ‘círculo de mandos políticos’; y, no tuvimos tiempo de tomar prevenciones, los soldados rompieron las puertas, tuvimos que arrojarnos al piso bajo el sonido de las balas; y los militares optando al azar nos trasladaron en una camioneta. Eberaldo dirigía la operación.

No lo vi en la oscuridad pero estaba seguro que era él, sentía su presencia después de tantos años de no haberlo escuchado. Luego de horas en un descampado nos hicieron desnudar insultándonos, aunque él tan luego de alumbrarnos a la cara con una linterna, me vio. En la penumbra pude ver el destello de sus ojos plantados en su confundido y asustado rostro al reconocerme; casi furioso, me sacó de la fila de los detenidos ante la mirada estupefacta de los demás, gritándome: “perro” y mentándome a la madre, golpeándome

a la cara con la cacha de su revólver y ordenando que los demás se callaran, disparando al aire, dándome de puñetes y puntapiés, ensangrentándome la nariz, riéndose a carcajadas, sin una pizca de remordimiento. Me abofeteó, escupió y arrastró, tirándome de los pelos. Ordenó que me subieran a una camioneta la cual marchó con rumbo desconocido. Me arrojaron casi inconsciente en un llano entre basurales.

—¡Adiós, bazofia. Que te coman las ratas! —logré escuchar de unos soldados antes que el camión portatropas arrancara y establecieran por radio comunicación afirmativa con mi hermano Eberaldo.

A las dos semanas supe que la acción fue parte de un comando de aniquilamiento. Por ello salí a esconderme en provincia. Nunca sabré si lo que Eberaldo hizo fue por salvarme o porque quiso humillarme antes de mandarme matar. La vida es oscilante y cada sacudida de los días da cuenta del destino irreparable, por ello quizá el mar, las olas, la playa calman un tanto mi pena. Todo lo había olvidado ya. Tal vez sea injusto, pero la noche en que volví a ver a ambos de inmediato me sumí en la desesperación, recaí en la miseria espiritual como un bicho. No hubiera querido que sucediera, sabía que mi vida daría un vuelco irremediable y me atormentaría de nuevo, que traería espinosos problemas. Ya resignado por Dorita, mi novia desaparecida por aquellos malditos militares, también los días me habían hecho perder la cuenta de aquella mujercita que vivió con nosotros y a la cual habíamos descubierto deslumbrados ambos en la playa; pero ahí estaba de nuevo en nuestra casa. Otra vez, el giro de la vida como si fuera un cuento la traía de nuevo, sólo que ahora había venido a tocar la puerta con Eberaldo en una silla de ruedas y medio embrutecido.

En cuanto a ella, ¿cuánto la amo? ¿La apetezco aún? Qué asco produce la acidez del vómito. A él nunca le he sido sumiso. ¡Jamás!: le inventaba insultos y prometía vengarme

algún día de las fechorías que me hacía pasar de niño, a veces en esta misma playa. ¿Pero qué fue lo que le redujo a ese estado tan calamitoso que ahora padece? Estoy seguro que él hubiera preferido morir torturado a quedar así minusválido como está.

Esta noche voy a matar a mi hermano, el marido de Eva, con la cooperación y complicidad de ella. No lo odio, ni le guardo rencor; por el contrario, le tengo cierta compasión. ¡Me da lástima verlo paralítico e indefenso, y hasta candoroso mientras cena con su sorbete! Apenas si puede hablar, debe ser por tanto golpe que le dieron en los cuarteles del Servicio de Inteligencia o quizá él mismo intentó matarse. Si yo quisiera hacerlo de verdad ya lo hubiera hecho cuando entro a la cocina y él permanece ahí de espaldas indefenso. En cuanto a mí sería fácil lanzarme al vacío o pegarme un tiro en la azotea de la casa una vez consumado todo. ¿Pero, acaso tengo el valor de matarme? ¿Estoy curado del amor que sentía por Eva? He visto con una sutil envidia la dedicación a su marido, he sopesado su ternura cuando canturrea y engríe a los canarios. ¿Estoy realmente enamorado de ella? ¿Pero es que acaso la amo o la deseo? ¡Ay, el amor y el deseo! Me estremece no poder responderme después de años de conocerla, aun después de haberla poseído y dulcemente gozado de sus blancas carnes.

No lo quiero hacer en realidad; aunque sea sencillo: sólo se trata de inyectarle una dosis de pentol-H. Ni siquiera sentirá alguna dolencia; aunque sé que me aterrorará mirar su rostro ante su estertor. ¡Quedará inconsciente y en cinco minutos morirá!... pobre tipo, Eva dijo que el único placer que les queda es el cigarrillo que ella le ayuda a fumarse a las cinco de la tarde ahí en su silla de ruedas ante el ventanal desde donde ve el vaivén de las olas de esta playa.

Es cierto que la vida ya no es igual, ya no vale lo que antes pues una porción de intrusa desgracia como lengua de

fuego ha terminado por devastarnos. En otro tiempo, cuando niño, vivir aquí junto a nuestra madre, jugar en esta playa, correr olas era maravilloso. ¡No, no es cobardía! ¡Oh, no, eso no puede ser! No cabe duda que estoy aún enamorado de Eva y que me apetece poseerla; pero, ¿acaso no lo hago por él? Ahora, claro, sé que huyó de la justicia militar peruana, que en los cuarteles lo torturaron porque dicen que traicionó a la patria y que se salvó de purito milagro. ¡Nadie es capaz de matar así porque si! ¿No sería sembrarme un futuro venturoso al lado suyo? El amor es un noble martirio, es abnegado sacrificio. ¡Por ello cometeré un asesinato, un fratricidio, sencillamente porque le tengo compasión! La muerte nos dará vida. Aunque...

Dick sale de su ensimismamiento y camina raudo por la playa, mira su reloj, siente frío, tiene una idea en mente y un certero plan que realizar. Se interna por entre la fila de restaurantes que a esa hora están cerrados, deja atrás la playa solitaria salvo una que otra parejita que entre las sombras se acurrucan del frío, y enrumba por la avenida; minutos más tarde con la mano derecha abre la puerta de la habitación, y, con la temblorosa zurda sostiene la jeringa que contiene el mortífero líquido verdoso; mientras acaso desde la soleada mañana Eva yacía al lado de Eberaldo, ahí inertes ante una fortísima emanación letal en el velador, ambos abrazados y sin vida, cual si fueran hermanitos, alumbrados por la densa luz de la luna llena que se cernía por la ventana y teñía de un fulgor lúgubre toda la habitación.

HERMES

En mi niñez tuve un solo buen amigo: Hermes, un puerquito que trajo una mañana un antiguo conocido de mi padre a quien, en previas discusiones comerciales con éste entre sendos vasos de chicha, se le cambió por unas cuantas gallinas y un saco de maíz, y, al caer la tarde se fue en su carcocha motorizada feliz de haber realizado un buen negocio. Hermes, desplegó un carácter alegre y juguetón; pequeñito, terrible con los desconocidos, escurridiza víctima del perro y hasta del gato que siempre quería cogerle de la cola ensortijada, y a quienes la abuela Juana reñía con un palo. Nunca se dejó atrapar, incluso por ella, fiel defensora del bicho. Era graciosísimo verla correteando tras él y decirle “¡Bandido!” “¡Bandido!” con la intención de cogerlo y nada; más de una vez la vimos irse de bruces tras el cochinito que también volteaba a verla correteando.

La verdad es que apenas si consigo acordarme del desarrollo y crecimiento de Hermes a no ser porque el tío Esteban, profesor, contertulio mío y, esposo de Emilia, hermana de papá y persona muy inclinada siempre a reflexionar, solía de cuando en cuando recordar cómo aquel amigo mío llegó a casa y terminaba diciéndome: “mira, Pascualito, este puerco tuyo, ahí donde lo ves es más viejo que tú”. Lo evoco más bien ya crecido y sino fuera por la antigua fotografía que el

mismo tío Esteban nos tomó y que sobrevive aún pasados los años donde se ve a un rechonchito Hermes, ruborizado y asustadísimo, queriendo escabullirse de entre mis manos, yo con un radiante traje de marinero, y tras de nosotros toda la familia, no creería que me acompañó casi desde la cuna.

Era un compañero magnífico. Inseparable desde que yo tenía uso de razón. Al llegar del colegio a mediodía corría impaciente a verlo: ahí estaba siempre echado; y, en cuanto me escuchaba marchaba de inmediato frente a mí, alzaba su hocico como queriendo hacerme reverencia y a un silbido se asentaba sobre sus dos patas traseras, luego quedaba mirándome con sus ojillos vivarachos inclinando la cabeza. A veces le lanzaba semillas que él emparaba en el aire con su hocico tan bien entrenado; masticaba mientras le comentaba de esto y esto otro en la tediosa escuela y, como si quisiera comprenderme, levantaba una de sus orejas y luego la otra, si hasta sonreía conmigo. Nos entendíamos muy bien. ¡Cuán entusiasta era la complicidad entre ambos!

Iba a veces al río, pescaba mientras él se entretenía con los pastos o aguardaba ansioso nuestra primera faena. Tan dulce era el buen Hermes. Me esperaba con igual entusiasmo; y a veces yo, tan enfatuado en algún juego infantil, lo sometía a hacer de caballo montándome encima suyo, jugando a la recreación de lances y reveses de algún héroe de aventuras, disparando desde su lomo, enfrentándome a bandidos y salteadores, realizando veloces e inesperadas retiradas. Mi madre me decía: “¡Caramba! ¡Deja en paz a ese pobre animal...! ¡No ves que se va a cansar y algún día en un arranque de furia te va ha desgarrar los dedos...!”; pero yo sabía que no iba a hacerme nada: le jalaba las orejas, le abría y exploraba el hocico con los dedos, tapaba sus hermosos ojos pardos, con las uñas peinaba su ríspido pelo. Él todo lo toleraba de mí. ¡Las penurias que le hacía sufrir al pobre infeliz!

Yo quería mucho a mi tío Esteban pero no tanto como a Hermes, pues éste era mi mejor amigo: un verdadero camarada. La verdad es que a mí nadie en la vastísima familia —embargados siempre en sus amplios y hacendosos menesteres— me hacía la menor atención; pero mi tío Esteban, además de ayudarme a hacer las lecciones, me tomaba algún esmero. A la distancia de los años pienso que si mi tío se interesaba en los temas de mi conversación no era porque me tuviera especial afecto sino porque naturalmente ese era su temperamento: era un tipo afable y bondadoso.

Fue en un día de fiesta: San Valentino. En mi ciudad natal, Virahuanca, se celebraba ya el día de la amistad y el amor: todo enamorado, novio o pretendiente llevaba desde entonces tarjetas, flores y ofrecimientos a sus prometidas. Hay quienes aguardan esa fecha para expresar el cariño en espera con ansia del primer beso; aunque la verdad es que pocos se acuerdan de aquella: la verdadera amistad. A nosotros que éramos pequeños aún no se nos permitía sino celebrar con una excursión a una estancia, que por lo demás Hermes y yo conocíamos muy bien. Embarcados en el paseo recorrimos con los compañeros de la escuela entre el bosque y el río, por donde hacía algún tiempo solíamos deambular con mi buen amigo quien iba hozando la tierra, recogiendo raíces y frutos con su jeta cilíndrica.

Ese día de la conmemoración del santo Valentino, ese día, desde hace muchos años, para mí siempre permanecerá en la memoria hasta los últimos momentos de mi vida. Sucedió algo que no se me olvidará. Hermes, ahora que lo pienso, el único miembro de mi familia que fue mi amigo de verdad, con el tiempo se había puesto gordísimo y si apenas podía moverse, jadeaba y emitía unos gruñidos ensordecedores, daba pena verlo tirado en su lecho, desterrado en un rincón, ahí medio atontado cuando le tirábamos con mis primos migajas de pan para fastidiarlo; paciente, apenas si levantaba

la tremenda testa, no estaba ni despierto ni adormilado más bien jadeante. No sé por suerte de qué papá lo seguía criando. Cuando lechoncito me contó el tío Esteban que él lo cargaba y al soltarlo yo lo correteaba por entre las sillas de la extensa sala, y mi padre me advertía de un buen grito y mandaba a jugar a otro sitio; y yo, con gran pesadumbre, tenía que abandonar la pieza y procurarme como pudiera cualquier melancólico pasatiempo en la sola compañía de mi infalible Hermes.

Recuerdo que fue a la llegada de la excursión a eso de casi las seis de la tarde, al transponer la puerta, mi decisión, mi aplomo, me abandonaron de pronto; que me sentí un poco azorado al escuchar la noticia de boca de mi comprensivo tío Esteban: el hombre que hace algún tiempo lo había traído de lechoncito había visitado la casa con uno de sus operarios, y munidos de cuchillas, una bolsa llena de sal, ceniza y alcohol hicieron una masa balsámica para “caparlo”. Era la primera vez que escuchaba esa palabra; pero por premonición pensé que algo malo le había pasado al buen Hermes... casi temblando, apenas si atendí, corrí en dirección al corral y en el trayecto recordé que antes de irme al paseo Hermes gritaba, mugía, bramaba casi enfurruñado, desesperado, como queriendo decirme, mostrarme o señalarme algo. Antes yo le había prometido que esa misma tarde iríamos al campo y debió parecerme tan triste mi abandono, que no tuve más remedio que volver sobre mis pasos a jugar un rato con él y canturrearle. Hermes retornó a echarme una mirada agradecida; pero ahora, yacía entre la lluvia sin poder haber resistido a la operación a la que le había sometido el amigo de mi padre.

Han pasado los años y ahora que lo recuerdo me doy cuenta de que para mí fue una desgracia descomunal, llena de impotencia: una calamidad que tal vez para otros resulta menos espantosa, simple y natural; ese animal desamparado,

había sido un puerco muy hermoso y bondadoso conmigo: un ser magnífico. Recuerdo aquella vez en que jugueteando lo empujé y cayó por entre las yerbas y espinas a las embravecidas aguas del río mientras gruñía de desesperación. Tuve que correr, nadar, bucear; traté de reanimarlo casi por horas: una ofensa tremenda que él supo perdonar y que se llevó a la tumba sin siquiera reprochármelo.

Muerto tenía una mirada escrutadora y fría, como dicen que es la de los ángeles... ¡Pobre Hermes mío, pobre viejo compañero! Fue, sin duda, mi mejor amigo, el único que me daba íntegra confianza, el único ser en el mundo con quien yo no me sentía solo y me encontraba a mis anchas. ¡Nunca he llegado a tener otro amigo tan leal! Después supe que ese señor que lo trajo también se lo llevó. Habría de reconocer que me había quedado definitivamente desamparado, en esa soledad última y sin remedio que uno no sabe sino ya tarde y para siempre.

Tuve días tristes, caminaba rumbo al colegio con el talante ya diferente. A veces me detenía a descansar al borde del camino y pensaba en mi viejo amigo. Nada volvería a ser como antes. Una línea divisoria había trazado mi vida en dos. Y de estar tan triste y desolado ahora que la desgracia había acampado en mis días, nadie me dijo una sola palabra de consuelo; para mis familiares nada había ocurrido. ¿Acaso sería posible que a pesar de haberse extinto la mitad de mi niñez no se hubieran llegado a dar cuenta? o ¿era una vuelta de tuerca por todo mi actuar casi de insolencia o ese desdén ante el porvenir?

Ahora, recordando este hecho cardinal de mi remota infancia, evoco a aquel puerco mío, a aquel Hermes tan querido que tan pronto se esfumó de mis días porque la existencia de los puercos es más insulsa, pobre, corta y mísera que la nuestra, y que dejó este triste y miserable mundo sin siquiera el fraternal abrazo que yo hubiera querido

darle en su último y doloroso adiós. Ha pasado tal vez sin darme cuenta el tiempo, que nunca da tregua, y así casi sin percatarme se han esfumado mis años. Se desliza tan pronto nuestro existir un tanto menos breve, pero así y todo siempre tan fugaz para dejarle a uno la incómoda sensación de haber permitido ingratamente que se desvanezca el pasado...

EL VIEJO DEL PERRO

Un viejo empapado por el fango que le llegaba a la cintura persistía aferrado a la copa de un árbol. Todo a su alrededor estaba rodeado de lodo, el huayco había desplazado los sembríos y animales. No había rastro ni de pájaros, nada. La hélice del helicóptero militar traqueteaba arriba y suspendido de una sogá me acerqué lo más que pude a él. Por el intercomunicador los soldados avisaban que habían encontrado a un sobreviviente; pero el viejo permanecía impassible, sujeto a las ramas del árbol. No parecía campesino, ni lugareño. Entonces le dije:

—Sujétese, maestro, sujétese, pise el estribo. ¡Suba, por favor!

—No, no voy a subir, capitán. No quiero irme de mi chacra explicó sollozante mientras mi vetusto equipo de radio roncaba la voz del verdadero capitán.

—¡Arróspegui, tráelo de los pelos, carajo! ¡Salva a ese hombre!

Y dije:

—¡Señor, sujétese! ¡Su chacra ya no existe, suba!

—¡No, joven, diga a su jefe que me quedará aquí!

Estábamos sobrevolando la zona, peinándola para encontrar sobrevivientes. La región quedaba devastada totalmente en un lodazal sin fin, a tan sólo un kilómetro y

medio de la ciudad.

—¡Yo pude salvar a mi perro, sólo lo tenía a él! —dijo como hablando solo y lo siguió repitiendo, sollozando lentamente durante unos minutos.

—¡No quiere subir, capitán! —repuse de inmediato por la radio.

—¡Gracias, joven! —dijo impenitente el anciano levantando la testa y buscando en el horizonte.

Yo no sabía qué hacer ante su negativa. La tarde traía una neblina filosa y el clima impredecible evidenciaba una fuerte tormenta.

—¡Mi Chuscadito, búsquelo más allá, arriba —rogó.

El piloto del helicóptero rodeó la zona varias veces, alumbrando tramo por tramo el lodazal hasta adentrarse la noche, y a falta de combustible partió hacia el fuerte. El hecho que su perro se hubiera salvado ahondaba la única preocupación del viejo sin importarle su vida. Nadie en la ciudad reclamó por él.

ERNEST HEMINGWAY Y EL GANADOR

Llevo ya casi tres horas esperándola y Ernest me asegura que ella no vendría la imaginaba llegar que se quedaría conmigo me diría cuanto me había amado desde que nos abandonamos en la Avenida Canadá allá en Lima y Ernest me sirve la cuarta copa de vino de esta hora con esa sonrisita irónica que tenemos todos los provincianos excéntricos que hemos decidido irnos a Lima a disimular el triunfo él ríe porque ha superado un amor estropeado Silvia lo traía loco soy testigo él ha aprendido a vivir con ausencias y sin nostalgias pero yo seré un necio como dice porque sigo pensando en ella Sophia no viene y la nostalgia cae serpenteando salud Er Ernest Hemingway la nostalgia cae como la música del bar nunca le prometí más que amarla siempre y no fallar admite que te hace falta los días eran más inmensos sin ella sin su sonrisa y qué demonios me importaba la vida pero nadie hubiera entendido ni ella quizá ni sus padres ni la mujer nueva que empezaste como una aventura y desde el fondo de mi corazón digo a Hemingway diez mil veces más que esto me servirá para comprobar nuevamente el dolor y que miércoles además si miramos las cosas por el lado afable querido Er me servirá para esa vaina de la literatura desde el fondo de mi sentimiento antes que se pierda la razón Ernest Hemingway como dice esa balada viejo claro Deisy nació en la universidad

académica guapa bella y todo pero Sophia esa cholita de tu vida siempre te hizo falta y ahora que nos habíamos citado en este bar previa llamadita telefónica ahora que ya era secretaria ejecutiva de una gran empresa y muy cambiada y trabajaba viajando de ciudad en ciudad y ahora que volvía y yo a Chimbote sólo por ella para ver cuanto podía pero esta vez miraba a todos esos desconocidos del bar El Babel y bailaban las parejas claro porque yo tocaba su mano y el mundo era diferente ya sé que es otra no lo repitas que habrás tenidos sus amantes pero ella resume al final Ernest a la mujer total esos ojos esos pechos su desnudez su juventud perpetua y si al final viene te vas querido Er patitas al aire y te despidés al toque pero no llega y te ríes claro ni vendrá sonríes es el amor y es importante que tú me entiendas dices que me quise quizá burlar de ella y que el destino volteó la vida que jugué con su cariño y es el pago natural dices que la humillé que ella era tan provinciana como nosotros y qué demonios iba a venir y que por las puras no hemos venido desde Lima que desde esa vez que nos despedimos tantas veces recordada llorada la he perdido para siempre y que siendo sincero ya es tarde jamás se habrá curado de esas heridas además se habrá conseguido otro que ya la amará y que sea realista que no sea necio ni cojudo te juro que el amor fue tan grande y las promesas que nos hicimos que vendrá Er te juro que vendrá y te juro que de todos modos escribiré esto porque la escritura es una forma de conocerse tú lo sabes y cuántas veces te he dicho lo mismo y esa cháchara te aburre claro salgo a llamar por teléfono y en Chimbote llueve cae lluvia en esta calle que casi ya no reconozco pero ella no será jamás la misma de antes y las copas y el vino nunca fuiste sincero con ella me dice Er y en la calle escucho otra vez sus palabras como ecos entre cláxones que se ha venido conmigo desde Lima y que yo tengo que presentar mi libro y ella ella y ella Sophia ah recuerdo esta calle cuando hace

años salí a vagar en la madrugada y dos tipos maltrajeados se acercaron a pedirme dinero y ella se habrá enterado por los periódicos habrá visto mi nombre en la promoción nada importa en mi vida sólo el amor y lo que no vivimos y la edad de la inocencia de aquel entonces y vámonos cuantas mujeres en tu vida bellísimas olvídale por qué las horas avanzan ha caído la noche y tal vez no pudo por algo ya llegada la hora estará en la presentación quizá tuvo una emergencia y ella estoy seguro que esta vez si vendrá Er te juro que vendrá y sino viene voy a buscarla y si no la encuentro me voy al hotel y me emborracharé y la presentación qué diablos la presentación de mi primer libro Ernest si yo vine a aquí después de veinte años únicamente por ella lo demás no me importa además que de qué diablos vale la literatura en este país Hemingway la literatura y ella me fregaron la vida en todo caso hermano cómo no recordar estas calles y aquel viejo motel donde la primera vez no llega a la cita quizá no quiso y la gente pasa por la acera desentendida Er entiéndeme ya se dirá algo del libro algo así como que ha sido regado por el veneno diluyente de la literatura y esas cosas que va para cuatro gatos que escucharán el sabor de sus besos y era la mujer de mis sueños suena pretencioso lo sé pero era así de real y tú siempre has sido un ganador sí fue amor ni más ni menos no ahora mismo me casaría con ella tú lo sabes salud hermano.

EL OTRO CIELO DEL JUEVES

*A Eleuterio Fabián H.,
allá en la otra orilla de la vida...*

I

El hombre no tenía ya nada que ofertar y resolvió cantar sus sueños. Era un incomprendido profesional de la somnolencia. Hábilmente había dispuesto de toda suerte de intermitencias babilónicas a fin de ceder ceremonioso día a día a esa infantil curiosidad arqueológica. Cual si abriera el matutino se adentraba en una selva tropical con aguaceros, entre lodazales y cumbres arriscadas o hacía frente a aquellos jinetes que conquistaron el pueblo; a excepción de ese jueves último que no tenía el tiempo suficiente ni siquiera para soñar.

II

Tan luego de engullirle un par de grageas molidas a sus aves domésticas, abriéndoles el pico una por una en el corral, descansaba en su hamaca y se disponía a echar una ojeada al crucigrama, y casi al instante veía de reojo arribar al sabio marinerito cordobés de chaqueta verde musgoso que se adentraba a eso de las cinco de la tarde por el horizonte.

Siempre a las cinco de la tarde porque el sol estaba afilando un grisáceo destello, y, allá atrás, a lo lejos, sonaban las campanas de aceradas voces del viejo reloj municipal en medio de la plaza Concepción.

III

Luciano se vio en duros aprietos al arreglar sus días como pudo. A fin de aprehender la compensación en busca del tiempo empeñado: seleccionó utensilios, se hizo tejer una hamaca, arrendó unos gallos, tuvo que soportar con solemnidad las pendientes insobornables de la apetencia, la sapiente metafísica del amor conyugal; y aquella vez el boticario del pueblo debió de prescribir las pócimas eficaces para regularizar su nuevo entusiasmo.

La gente del pueblo arrastraban resignados esa rutina de vida tan pareja, que el trabajo, la vejez, el mundo y su curso debían de ser más generosos que los días del viejo Luciano Santa; él toda su vida había esperado soñarse salvando una tarde con arco iris la pesadumbre del coste familiar. Hasta que sorprendió a todos, porque de seguro en la decadencia de los sueños descubrió dolorosamente postergada su ambición.

IV

Todos sus sueños eran parecidos, como si de uno a otro no existiera mayor diferencia; a veces advertía en mitad de uno, la continuación del anterior, entonces lo reconstruía conquistando otros rumbos y con los rezagos de los ingredientes conservados edificaba otro, fragmento por fragmento, a su exquisito modo.

Pero esta vez quizá sabía que ese forastero cordobés venía a solicitarle la modesta y decidida cuota adicional, para

unificarlo con los habitantes de ese otro cielo, pues ya sólo ambos sentíamos la imperiosa necesidad de soñar.

Esta vez el sueño no era el mismo. La otra tarde antes del último intento había soñado caracolas marinas y eso le preocupaba, pues era la comprensión de que le habían echado al cuello la flamante cuerda de la desunión conyugal. Por ello desató comarcas metafísicas para descubrir la hora absurda de los soñadores. Se sintió el varón más desventurado de toda esta región misteriosa.

V

Recordó que cada tarde en las vagas sombras de la luz por terminar, antes que el crepúsculo sea pronto noche, Magdalena, su mujer y él disfrutaban por última vez el definitivo destello campestre que se anticipaba a las estrellas amorosas. Hubo de agradarle más a la imaginación que a los sentidos esa tristeza regada vagando por los pasillos del insomnio soporífero, pues hojeaba el cielo sin movimiento, el terror de la angustia.

Estoy seguro que cuando trató de moverse sintió de pronto sorprendido que alguien extendió una mano en la oscuridad de la tarde de aquel jueves oloroso a tierra fresca, a camino lloviznado. Supo entonces que el fin puede hacer regresar a la amorosa claridad del principio del mundo, y, aquella, mi voz de niño vestido de marinero cordobés y chaqueta verde musgoso se quedó sonando en su oído como un arrullo inmortal para siempre.

ÍNDICE

El Paraíso recuperado (Historia libresca de un ladrón)	5
El Paraíso perdido.....	49
El Proceso	51
Marilyn	57
Muerto por tiempo indefinido	63
Eva Azul	69
Hermes	75
El viejo del perro	81
Ernest Hemingway y el ganador	83
El otro cielo del jueves	87



Esta edición de 'El paraíso recuperado
(*Historia libresca de un ladrón*)'
de Róger E. Antón Fabián, se acabó de imprimir
en Barcelona en la imprenta Romanyà Valls, S.A.,
en mayo de 2009



alfaqeque

(Del ár. hisp. alfakkák, y este del ár. clás. fakkák).

1. m. Hombre que, en virtud de nombramiento de autoridad competente, desempeñaba el oficio de redimir cautivos o libertar esclavos y prisioneros de guerra.
2. m. Aldeano o burgués que servía de correo.

